

XVI CERTAMEN DE
NARRACIÓN
DEPORTIVA
DIPUTACIÓN DE PALENCIA



Diputación
DE PALENCIA

deportes

Edita: Diputación de Palencia.
Servicio de Deportes, Ocio y Tiempo Libre.

Imprime: Dama Impresión Digital
Depósito Legal: DL P 31-2024
Febrero, 2024

PRESENTACIÓN

El pasado mes de octubre convocamos la decimosexta edición de nuestro Certamen de Narración Deportiva, aún entusiasmados por la brillantez y la enorme participación que tuvimos en una edición tan especial como fue la del curso pasado, donde quisimos celebrar como se merecía los quince años de existencia del Certamen.

Y este curso lo convocamos con la misma ilusión de siempre, con alguna novedad, pero entendiendo que la participación posiblemente hubiera tocado sus máximos. Sin embargo, este Certamen no deja de sorprendernos; este Certamen es, sencillamente, mágico. Este curso 2023/24 se han recibido 3.095 trabajos. Más de 3.000 escolares palentinos han querido participar con nosotros en esta ilusión.

Por lo tanto, solo podemos dar las gracias a los responsables de los centros escolares que hacen este Certamen tan importante, a los miembros del jurado y a los que colaboran en la selección de los mejores trabajos, a los trabajadores del Servicio de Deportes de la Diputación..., pero sobre todo gracias, miles de gracias, a los alumnos que presentan su trabajo y hacen de este Certamen algo tan especial.

Como cada año, editamos este libro que ahora tienen en sus manos para reconocer los trabajos que los miembros del jurado han seleccionado, y en esta ocasión también queremos aprovechar para recordar el 150 aniversario de la publicación íntegra de la novela “La Vuelta al Mundo en 80 días”; la gran obra de Julio Verne. A lo largo de las siguientes páginas podrán saber algo más de esta obra y de su autor.

En fin, deseamos que pasen un rato entretenido leyendo estos cuentos, pero sobre todo deseamos que este libro sirva para que nuestros escolares sepan que escribir bien es una de las cosas más bonitas que hay.

Gracias a todos, disfruten de estas narraciones... y volvemos el próximo curso

Enrique Hermoso Navascués

*Coordinador de Deportes, Ocio y Tiempo Libre
de la Diputación de Palencia*



PEQUEÑOS ESCRITORES

Mara Santos y el piragüismo , Sara Antolín García	7
F:1 , Lola Chavero Tejedo	8
Animals Zunder , Amelia Diago Rodríguez	9
Ir con pies de gato , Carla García Montero	10
El esquí y sus amigos , Yanira García Rodríguez	11
El sueño de Leo , Christo Laso Abad	12
El trofeo robado , Andrés Martín Hernández	13
Su mundo , Emma Martínez Abad	14
Palencia Rugby Club vs Jabatos del Bierzo Rugby C. , Minerva Monge Redondo	15
El balón loco , María Morato Bravo	16
La chistera mágica , Azucena Ochoa Huerga	17
Mario el niño diferente , Julen Quintana Romo	18

CATEGORÍA "A"

Tarde de petanca , Pablo Crespo Pérez	21
Ganadoras , Daniel Díez Ruiz	22
La gran "Rencar" , Manuel García Martín	23
Nunca es tarde para practicar un deporte , Gabriela González Rodríguez	24
Carrera con conejos , Elia Gutiérrez Mediavilla	26
El sueño de una oveja , Carlos Huerta Peña	27
Verano divertido , Sofía Martín Herreros	29
A un paso del cielo , Naiara Moreno Ortega	30
Sin estereotipos , Vega Rodríguez Martín	32
La pasión de Lucía , Jimena Pérez Masa	34
Un fin de semana inolvidable , David Sanz Moruno	36

CATEGORÍA "B"

El sueño de un luchador , Mario Álvarez Sánchez	40
Un día de verano , Irene Catalina Calleja	41
Experiencias sobre nieve , Leyre Colinas Ochoa	43
Nuevas experiencias , Iris de la Gala Herrero	45
Un camino largo para el triunfo , Andrea García Montero	47
No tenemos derrotas, sino resultados , Ariadna García De Prado	49
Los ojos de quien lo mira , Ana Martín Pérez	51
Tu legado , Triana Pérez Domínguez	53
El ave Fénix , Lucía Pérez Pérez	55
Con esfuerzo todo se puede , Julia Rodríguez Ruíz	57
Sentimientos submarinos , Lucía San José Ruíz	59
Las alas del baile , Amara Sardón Manjarrés	61

CATEGORÍA "C"

Un sendero hacia la felicidad , Pablo Enríquez Pardo	65
Seis jugadores en la cancha , Rodrigo González Ramos	68
Doña Margarita , Lucía Guerrero Alonso	72
El poder del deporte , Julia Hermoso Cantero	77
Jüdische Lige , Alicia Lucas Martínez	81
Ojalá , Hugo Lucio Pérez	84
Gloria , Kiara Luis García	87
La otra cara de la élite , Alba Masa Iglesias	91
Un día a día extraordinario , David Pinto Herrero	94
Más que un simple bate , Ismael Terán Calderón	96
Contra las cuerdas , María Tremiño Franco	98
Mi referente , Ángela Vélez González	103

CATEGORÍA DOCENTES

El poder de Alya , Sabela Alonso Olivares	107
De cómo llegó el ajedrez a Palencia , Mario Díez Cuadrillero	111
Marianín , Juan Jesús Sanz Ramos	117

JURADO

PEQUEÑOS ESCRITORES



3° y 4°

Educación Primaria

“La vuelta al Mundo en 80 días”

*Celebramos el 150 aniversario
de su publicación íntegra.*

Esta obra, escrita por Julio Verne y publicada íntegramente en 1973, constituye uno de los relatos más cautivadores creados por la imaginación humana.



Mara Santos y el piragüismo

Érase una vez una jovencita palentina llamada Mara Santos, que vivía en un pueblo palentino, Velilla del Río Carrión. Su papá Gonzalo Santos tenía el club de piragüismo Fuentes Carrionas y enseñaba a todas las niñas de Velilla y alrededores a hacer piragüismo.

Cuanto Mara tenía diez años, su padre le dijo que era hora de pertenecer al club y así aprendería un deporte, además de valores como disciplina, respeto, responsabilidad, paciencia y perseverancia con las compañeras y con uno mismo.



Mara empezó a entrenar y se le daba muy bien, pero había un niño llamado Marcos que no le gustaba perder y siempre tenía que ser el primero, porque decía que se sentía tan bien cuando ganaba, que no quería renunciar a esa sensación por nada en el mundo, y que si perdía era lo peor del mundo.

Llegó la primera competición. Estaba Mara en el primer puesto y Marcos en el segundo, pero Mara sabía que a Marcos no le gustaba perder, así que le dejó que ganara la competición. Pero Marcos, al ver a Mara feliz y sonriente abrazando a todas sus compañeras, comprendió que para disfrutar del deporte no es necesario ganar o perder, sino que lo importante es vivirlo y disfrutarlo cada momento.

Sara Antolín García

*Nuestra Sra. de la Providencia (Palencia)
4º E.P.*





Ese verano me llevaba mi abuelo al pueblo. De repente, lo vi asomar entre campos amarillos. ¡Qué ganas de empezar mis vacaciones! Mi abuelo me había prometido jugar una partida de ajedrez y no pude esperar ni a dormir la siesta para jugar con él. Mientras elegíamos color y colocábamos las piezas, algo se coló por la gatera de la puerta y se fue haciendo cada vez más grande. Eran dos caballos de ajedrez guiados por un pequeño peón de negras.

Nos quedamos de piedra cuando escuchamos una vocecilla que nos invitaba a participar en la final del gran torneo de ajedrez de las palomas. Su rey estaba enfermo, la reina lo estaba cuidando y necesitaban nuestra ayuda. Con miedo, aceptamos.

Nos montamos en los caballos, nos hicimos pequeñitos y salimos por la gatera. Alucinamos cuando aparecimos en el patio de un palomar cuadrado que era un gran tablero de ajedrez, con el resto de las piezas ya colocadas. Mi abuelo se situó en el lugar del rey negro y yo en el de la reina del mismo color.

¡Buena partida!, se escuchó.

Avanzaron peones, trotaron caballos, se deslizaron torres y empezaron a caer piezas. ¡Yo misma caí derrotada por un alfil!

Todo parecía perdido, el abuelo escapaba de un jaque tras otro, pero en el último momento un pequeño peón, poco a poco, con esfuerzo y sin mirar atrás, llegó a la última casilla y se coronó. ¡Tenemos nueva reina! No todo estaba perdido. Sorprendidas las blancas pidieron tablas. Aceptamos y todos salimos ganadores.

Siempre recordaré la gran hazaña del pequeño peón. Me imagino las infinitas partidas en cada palomar que voy descubriendo. ¡Nunca pierdo de vista la pequeña gatera!

Lola Chavero Tejedo
Colegio Santo Ángel (Palencia)
 4º E.P.

Animals Zunder

Una preciosa mañana del mes de diciembre, los animales del campo cerrateño estaban aburridos y tenían frío. Los corzos bostezaban, los pájaros cantaban sin gracia, las liebres corrían en círculos... hasta que llegó el Sr. Tejón y les preguntó:

- ¿Por qué estáis aburridos?

- No sabemos qué hacer, contestó el zorro.

- ¿Queréis que os enseñe a jugar a baloncesto?, preguntó el señor Tejón

- ¿Cómo se juega a eso?, preguntó el gamo.

- Yo os enseñaré, voy a preparar todo y en un rato vuelvo, dijo el Sr. Tejón.

Todos estaban impacientes esperando la llegada del Sr. Tejón, que llegó un buen rato después, y les llevó a un claro del monte, donde había preparado un campo de baloncesto.

Les enseñó las reglas, hicieron dos equipos y comenzaron a jugar.

Les encantó e hicieron un equipo llamado “Animals Zunder”. El Sr Tejón se encargó de animar al resto de animales de los montes del Cerrato a crear equipos para poder jugar unos contra otros.

Nació la liga de baloncesto cerrateña. ¡Qué gran idea tuvo el Sr. Tejón!, el aburrimiento desapareció y la diversión llegó.



Amelia Diago Rodríguez

CEIP San Pedro (Baltanás)

4º E.P.



Ir con pies de gato

Un día, cuatro amigas que veraneaban en un pueblecito de Palencia, decidieron pasar el día practicando un deporte nuevo, la escalada.

Lucía, que era la más pequeña, se acordó de un lugar donde podrían ir y que estaba muy cerca. Cogieron las bicis y una mochila en la que metieron el material necesario para escalar y también algo para comer. Tras varios kilómetros, llegaron a un lugar precioso, que estaba rodeado de elevadas formaciones rocosas que eran perfectas para practicar la escalada al aire libre. Era el Valle de Recuevas.

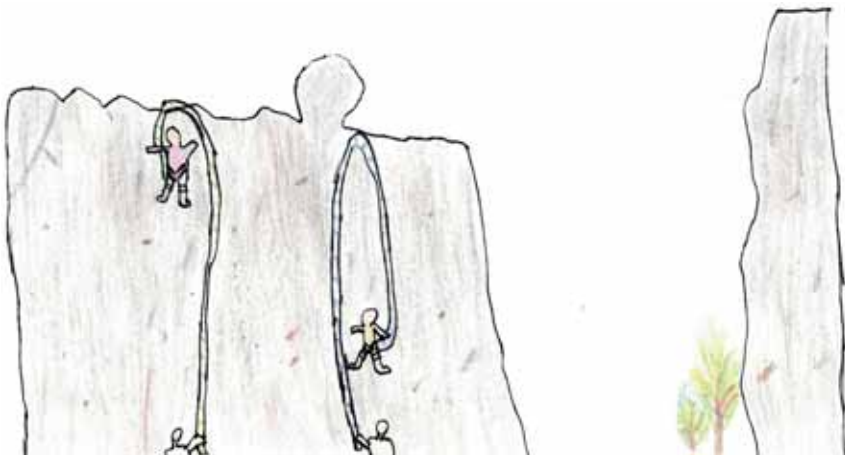
Estuvieron un buen rato escalando, pero de repente, Sara se resbaló por no llevar los pies de gato. Todas se asustaron y fueron rápidamente a ayudarla. Llamaron a la madre de Carla y tuvieron que llevarla al hospital.

Se lo pasaron muy bien, a pesar del susto. Y Andrea, la mayor del grupo, dijo “chicas, para ir a escalar hay que ir con pies de gato”.

Carla García Montero

CEIP Castilla y León (Aguilar de Campoo)

4º E.P.



El esquí y sus amigos

Laura era una niña que esquiaba con su amigo Pedro.

Un día se cayó y el esquí de su pie derecho salió volando tan lejos, que desapareció. Entonces fue a su casa muy triste, y su amigo junto a su perro Roki fueron a buscar el esquí perdido. Recorrieron altas montañas hasta que, por fin, lo encontraron gracias al olfato de Roki.

¡Qué alegría! Olía muchísimo a la colonia de Laura.

Pedro y su perro fueron rapidísimo a contárselo a Laura. Cuando llegaron estaban agotados, pero aun así, celebraron los tres con mucha ilusión que apareció el esquí.

Después de este susto, volvieron los tres a esquiar juntos y felices.

Yanira García Rodríguez

*CEIP Nuestra Sra. de Areños (Velilla del Río Carrión)
3º E.P.*



El sueño de Leo

Leo, un niño de 9 años, es hijo de padres ganaderos, y le encanta el atletismo. Vive en un pequeño pueblo de Palencia, un pueblo tan vacío, que no tiene ni dónde ni con quién jugar o practicar su deporte favorito.

Un día, paseando por el campo, decide organizar una competición de atletismo y como no hay niños, la competición será con los animales de la granja, y prepara día a día: a los cerdos para la carrera de relevos, a los caballos para una carrera 140 metros vallas, a los conejos para salto de altura, a las cabras para lanzamiento de peso, y a las ovejas para una carrera de medio fondo de 800 metros lisos

Entre todos ellos, había un animal que destacaba, ¡era toda una estrella! Era una joven oveja churra a la que Leo llamaba Dipy. La oveja empezó a ser conocida por los pueblos de al lado, todos querían conocerla. Llegó a ser noticia en la ciudad, Leo contó a la prensa cómo le surgió la idea de entrenar a los animales ya que él no había tenido oportunidad de entrenar ni competir nunca.

A los pocos días, recibió varias llamadas ofreciéndole ayudas e instalaciones para que Leo pudiese practicar y dedicarse a lo que tanto deseaba.

i

Gracias Dipy por ayudarme a conseguir mi sueño!



Christo Laso Abad

CEIP Gómez Manrique (Villamuriel de Cerrato.)

4º E.P.

El trofeo robado

La ciudad estaba preciosa, acaban de encender las luces de Navidad y Palencia olía a fiestas y vacaciones. Estaba muy contento porque esa misma tarde empezaba el campeonato nacional en mi club de PADEL. El ganador se llevaría un precioso trofeo como premio.

Al llegar a las pistas, había un extraño movimiento, mi profesor nos dijo que habían robado el trofeo. Todos nos pusimos a buscarlo, la policía estaba también por allí para dar caza al ladrón. Como no aparecía por ninguna parte, decidimos ponernos a jugar. Mi compañero lanzó tan fuerte la pelota que tuve que salir fuera a buscarla. En el patio trasero, oí un ruido, en un rincón oscuro descubrí el trofeo. El pobre ladronzuelo era un osezo, lo vió tan bonito y brillante que lo cogió de juguete. Saqué de mi bolsillo una chocolatina y nos hicimos amigos enseguida. Así pude recuperar el trofeo y el campeonato pudo celebrarse.

Disfrutamos un montón y yo encontré un nuevo amigo...

Al día siguiente lo devolvimos a la montaña con su familia y ...

Andrés Martín Hernández

Colegio Maristas Castilla (Palencia)

4º E.P.



Su mundo

Había una vez una niña llamada Clara, que era muy hiperactiva y le costaba centrarse. Hasta que un día la diagnosticaron TDAH. Una vez que dieron el nombre al problema, se quedaron más tranquilos.

Pensaron que había que apuntarla a alguna actividad para que gastara toda esa energía. Probaron con atletismo y no le gustó. Hasta que un día, cuando su padre estaba leyendo el periódico, encontraron una noticia del grupo de natación que se llama “el mundo azul”. Es un grupo de natación que la mayor parte de niños son autistas.

Sus padres pensaron que no le iba a gustar, pero poco a poco Clara estaba deseando ir a natación. Hizo varias amistades, además dentro del agua se sentía muy a gusto. Ella imaginaba que era un delfín, era su océano, su mundo. ¿Se sentían sus compañeros igual que ella?



Clara empezó a asumir sus responsabilidades, preparando su equipación, recogiendo todo para ir a casa....

Clara se dio cuenta que no solamente lo que hacía era natación, también hizo amistades y empezó a ser más responsable.

Emma Martínez Abad

*CEIP Padre Honorato del Val (Monzón de Campos)
4º E.P.*



Palencia Rugby Club

VS

Jabatos del Bierzo Rugby C.

Hoy se juega un partido importante, tenemos cerca de 2000 personas en la Balastera.

En el segundo tiempo, el Palencia tiene una jugada a su favor, en la que consigue transformar el ensayo. Se pone por delante y va a ganar el partido, solo da tiempo a esta jugada y poco más. El Palencia hace un saque de banda, una melé, salta uno de cada equipo y se hace con el balón el jugador del Palencia. Consigue el Palencia dar la patada arriba con el balón para que reciba el hombre más adelantado y consiga el ensayo.

En ese momento se paran los jugadores, porque hay un jugador rival tendido en el césped inconsciente. Se hace el silencio rápidamente. Los jugadores hacen gestos al banquillo, un jugador del Palencia se ha puesto encima de él para evitar que en la melé le golpearan otros jugadores; otro se ha ido rápidamente a sacar la lengua del jugador, para evitar que se ahogue. Entran las asistencias médicas, también la ambulancia. Son momentos de tensión, el partido estaba a punto de ganarlo el Palencia, pero había que pararlo y tenemos que aplaudir el gesto de esos dos jugadores del Palencia, que se han ido a proteger al rival.

Transcurridos tres o cuatro minutos de tensión, con todos los medios sanitarios en el campo, se lo llevan en camilla, pero el jugador levanta el pulgar hacia arriba demostrando que está bien, que todo ha quedado en un susto y se va a reanudar el partido.

No le va a dar tiempo al Palencia a mucho más. No le va a dar tiempo a terminar la jugada del ensayo, pero no pasa nada. El Palencia al final pierde, pero el aplauso se lo lleva el Palencia Rugby Club, por ese gesto de deportividad que ha tenido con su rival. No se ha podido hacer más, el juego es así, el Palencia pierde, pero nos quedamos con ese precioso gesto, que pudo haber salvado la vida al jugador rival.



Minerva Monge Redondo

*Colegio Sto. Domingo de Guzmán (Palencia)
4º E.P.*

El balón loco

En Aguilar de Campoo, había cinco niños. Se llamaban Vega, Javier, María, Mario y Brezo. Les encantaba el baloncesto.

Un día temprano, estaban en el polideportivo, jugando un partido con un balón de baloncesto. Más tarde, a mitad del partido, al balón le salieron ojos y boca; botó hacia todos los lados y los niños iban detrás. No lo conseguían atrapar, además, se cansaban un montón.

Pasaron muchos minutos corriendo. Cuando al fin, lo cortaron el paso, lo atraparon. Vega le dijo:

-¿Por qué huyes?

El balón dijo

-Yo solo quería jugar, y dijeron todos:

-Pues vale, jugaremos, pero ¿a qué?

-Podemos jugar otra vez a baloncesto, si queréis.

-Sí vale, jugaremos a baloncesto, pero cogemos otro balón y queremos que también juegues tú.

-Vale, respondió el balón.

Todos jugaron y jugaron hasta que se hizo tarde. Cada uno se fue a su casa, se despidieron y dijeron “mañana quedamos otra vez”

María Morato Bravo

Colegio San Gregorio (Aguilar de Campoo)

4º E.P.



La chistera mágica

Mi nombre es Magic, y sí, soy el conejo que siempre sale de la chistera del mago.

Mi vida es un poco aburrida, siempre de espectáculo en espectáculo saliendo de la chistera ante los ojos maravillados de la gente.

Sin embargo, hoy os quiero contar un día muy especial, el único que yo no salí de la chistera. En una actuación, el mago estaba descentrado porque dos niños se peleaban entre el público. Paró la actuación y les dijo que subieran y que pensaran lo que a cada uno les hacia más feliz en la vida. Frotaron sus manos la chistera y de ésta no salí yo, ¡salió un balón de fútbol!

Los niños, asombrados y con una sonrisa enorme, cogieron el balón y se olvidaron de por qué estaban enfadados, y se fueron juntos a jugar.

Esto demuestra que la magia reside en Magic el conejo, está cada día con nosotros y en el deporte.



Azucena Ochoa Huerga

CEIP Ave María (Palencia)

4º E.P.

Mario el niño diferente

Mario era el pequeño de cuatro hermanos. Nació en Guardo, un pequeño pueblo minero muy bonito rodeado de montañas. Él era diferente, nació con un problema en una pierna y no podía caminar, siempre le tenían que llevar sus padres o sus hermanos en brazos. Según fue creciendo y después de muchas operaciones, empezó a caminar, muy despacio y con dificultad.

Todos se reían de él, nadie quería jugar con él, solo podía jugar con sus hermanos. Mario lloraba porque quería jugar con todos los niños, quería correr, le encantaba el deporte.

Todo el día estaba viendo en la televisión cosas de deporte. Un día su padre le dijo que todo el mundo puede conseguir todo, solo hay que proponérselo y luchar por ello, a unas personas les cuesta más y a otras menos, pero todo el mundo puede hacer lo que otros hacen. Desde ese día, Mario empezó a esforzarse y a hacer muchos ejercicios con su padre, empezó a andar mejor cada vez, consiguió correr cada día un poco más.

Un día le vio un entrenador de un equipo paraolímpico y le dijo que le gustaría ficharle para su equipo. Mario se sintió muy feliz y desde ese día perteneció a un equipo y fue consiguiendo medallas y títulos deportivos en diferentes pruebas y categorías.

Con su esfuerzo, consiguió llegar muy lejos. Y ahora es admirado por mucha gente.



Julen Quintana Romo

CEIP El Otero (Guardo)

4º E.P.

CATEGORÍA

“A”



5° y 6°

Educación Primaria

BIOGRAFÍA

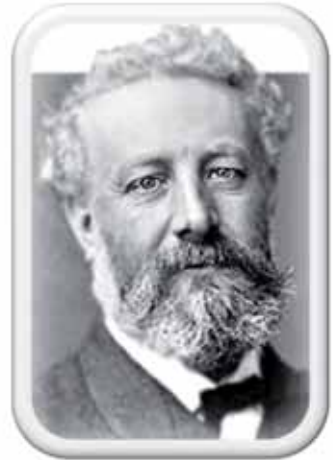
Julio Verne nació en Nantes en 1828 y murió en 1905. Es considerado el fundador de la literatura moderna de ciencia ficción. Fue uno de los grandes autores de aventuras del siglo XIX. En sus relatos fantásticos, predijo la aparición de algunos inventos producidos por los avances tecnológicos del siglo XX, como la televisión, los helicópteros, o las naves espaciales.

Nacido en una familia numerosa -era el mayor de cinco hermanos-, **Verne** disfrutó de una buena educación y **ya de joven comenzó a escribir narraciones y relatos**, sobre todo de viajes y aventuras.

Antes de ingresar en la Universidad, estudió Filosofía y Retórica en el Liceo de Nantes. Posteriormente, viajó a París donde se licenció en Derecho, pero **se decidió por la escritura** consiguiendo la decepción y aversión de su padre que quería que ejerciera como abogado. **Sus primeras obras no tuvieron mucho éxito**, por lo que tuvo que compaginar su pasión por la escritura con la docencia para sobrevivir.

A partir de 1850 comenzó a publicar y trabajar en el teatro. Sin embargo, con su viaje de 1859 a Escocia, Verne inicia un nuevo camino gracias a su serie de los Viajes extraordinarios. De hecho, en el año 1873 se publica íntegramente su obra más emblemática **“La Vuelta al Mundo en 80 días”**. El éxito de las novelas de Verne fue en aumento y **tuvo grandes ventas**. Verne era un auténtico adicto al trabajo, pasaba días y días escribiendo y revisando textos.

Otras obras suyas son: **“De la Tierra a la Luna”, “Viaje al Centro de la Tierra”, “20.000 leguas de viaje submarino”, “Miguel Strogoff”, o “Escuela de Robinsones”**. Todo ello, hace de Verne un clásico atemporal de la novela de aventuras y ciencia ficción, con muchas de sus obras adaptadas al cine y la televisión.



Tarde de petanca

Otra tarde más de verano en mi querido pueblo, Villaumbrales.

Allí estaba yo, corriendo por las calles y el parque como siempre. Yo vivo en Palencia, pero vamos cada fin de semana a ver al abuelo y a mis amigos. No tener hora, poder ensuciarme porque llevo “la ropa del pueblo” y que cada día sea una aventura, eso solo pasa en el pueblo.

Esa tarde ya había recorrido todos los escondites y no encontré a nadie, así que me fui a casa. Al pasar por la bolera, vi a seis abuelos que tenían unas bolas metálicas y me paré a ver qué hacían con ellas. Yo no había visto nunca ese juego, pero parecía chulo.

El abuelo de David tiró una bola pequeña y roja en el centro, a un lado de la bolera, y ellos se pusieron al otro lado. Creo que a la bola pequeña la llamó “boliche”.

El juego trata de tirar las bolas metálicas lo más cerca de la roja sin pasarse, pero lo que más me sorprendió fue el ruido que hacían. Había que tener cuidado de que no se te cayera en el pie, porque parecían pesadas...

¡Y tanto que lo eran!, el abuelo de David se acercó bastante, pero el que más sabía era el abuelo de Ana. Su bola casi choca con la roja.

Eran dos equipos y ganaba quien tuviera una de las tres bolas más cerca de la roja. Yo no me moví de la bolera; estaba flipando y me animaron a jugar y vaya si jugué. Al principio la bola iba sin control, pero cogí el truco rápido.

Pasé una tarde estupenda, como todas las tardes del pueblo.

Al final, el abuelo de María me preguntó si me gustaba la petanca. ¿Petanca? Yo ni sabía cómo se llamaba el juego, pero mi respuesta fue rotunda. ¡Me encanta la petanca!

Pablo Crespo Pérez

Colegio Divino Maestro (Palencia)

5º E. P.



Aida estaba sentada en el suelo del gimnasio, mirando indignada a sus amigos jugar al fútbol. Suspiró y miró a su espalda, donde las chicas usaban las colchonetas para hacer figuras de gimnasia. Resopló y volvió a centrarse en el partido.

Rodrigo, más conocido como Rodri, pasó por su lado guiñándole un ojo. Ella sonrió y le sacó la lengua. En ese momento, el balón se fue fuera y acabó en sus pies. Ella, entusiasmada, empezó a dar toques al balón. Tres, siete, veinte..

El profesor de educación física le arrebató el balón sin mirarla.

- Señorita García, tiene un parte. ¡Que no vuelva a pasar!

Aida llevaba siendo tratada así todo el curso. Así que se tragó el enfado y se dio la vuelta, cuando alguien dio un paso adelante.

- Ella lo hace mejor que la mayoría de nosotros, dijo Rodri, devolviéndole el balón.

- Ella -susurró el entrenador- es una chica, así que vuelva al juego si no quiere usted un parte.

Rodri la miró con cara de disculpa y volvió al campo. Pero Aida no estaba dispuesta a dejarlo así.

- Estoy segura de que podría ganar a cualquier chico.

El entrenador se congeló y se dio la vuelta lentamente. Aida se arrepintió, pero luego sintió que había valido la pena cuando oyó ¡a por ellos Aida!

- De acuerdo, el entrenador frunció el ceño. Un “chicos contra chicas”, y rapidito.

Aida se giró incrédula hacia las chicas. No era por ofender, pero ninguna tenía ni idea de jugar al fútbol. Les explicó por lo menos las reglas, cuando vio que los chicos corrían hacia las colchonetas. Otros se sentaban en las gradas para ver a las chicas jugar. El entrenador estaba confuso. Antes los chicos estaban en el campo y las chicas en las colchonetas y, ahora, justo al revés.

- ¡Parad! ¿Qué se supone que es esto?

Aida sonrió y le dijo con desprecio.

-Pues las ganadoras, ¿qué esperaba?

La gran “Rencar”

Un día, en el Polo Norte los renos de Papá Noel fueron a prepararse para el día de Navidad. Todos se prepararon para hacer el ensayo final menos Trueno, el reno que era el ayudante de Rodolfo, situado en la segunda fila junto a Relámpago.

- ¿Qué te pasa, trueno?, dijo Rodolfo, el jefe.
- Estoy muy gordo, chicos. Si voy con vosotros solo os retrasaré, dijo.
- Venga Trueno, no lo dirás en serio, ¿verdad?, dijo Cometa.
- Chicos, me temo que esta Navidad no podré ir con vosotros, dijo finalmente.

Esa misma tarde, tenían una reunión, y cómo no, Trueno no fue.

- Tenemos que hacer algo, ¡tenemos que ir todos, es la tradición, y bien sabéis que no se puede incumplir, si no...! ¡La Navidad fracasará!, dijo Juguetón angustiado.

- Lo sabemos Juguetón, lo sabemos, respondió Cupido. Espera, ¿y si hacemos una carrera de renos para que se ponga en forma?

- ¡Buena idea Cupido!, dijo Brioso. Pero, ¿cuándo y dónde?
- Quizás el penúltimo día antes de Navidad y en Palencia, ¡saldremos de allí con tiempo de sobra para ensayar!, dijo Acróbata.
- Vale, respondieron al unísono todos.

El día de la carrera les costó convencer a Trueno, pero al final fue.

- Preparados, listos, ¡ya!, dijo Brioso.

Al principio, Trueno fue muy mal, pero al final cogió ritmo y adelantó a todos, menos a Rodolfo. Pensó que nunca le alcanzaría, pero de repente sus ojos se iluminaron y corrió tan rápido que pudo recorrer el mundo entero en un segundo.

- ¿Cómo llamarás a la carrera?, dijo Relámpago expectante.
- La llamaré la gran “Rencar”; Ren de reno y car de carrera, dijo.

Desde ese día, se recordó y cada año se hace el mismo día y en el mismo sitio; solo que con todos los renos del Polo Norte.

Manuel García Martín

CEIP Blas Sierra (Palencia)

5º E.P.



Nunca es tarde para practicar un deporte

Érase una vez, en un pueblo muy cercano de cuyo nombre no me acuerdo, una niña de 11 años llamada Anastasia, que vivía en una casa cerca del río, con su abuelo Rodrigo de 79 años y su abuela Amapola de 84 años.

A Anastasia le encantaban los deportes. Siempre que podía, jugaba al volleyball con sus amigas o al fútbol con su primo, incluso cuando la apetecía y hacía buen tiempo salía a hacer piragüismo por el río, aunque a veces llegaba calada a casa.

Ella lo que no soportaba era ver a sus abuelos sin hacer nada en todo el día; de la cama iban al sofá y del sofá a la cama. Entonces, como ella no soportaba ver a sus abuelos aburridos todo el día, se le ocurrió una idea: enseñar a sus abuelos a jugar a alguno de los deportes a los que jugaba ella con sus amigos.

A lo largo de la siguiente semana, los tres juntos fueron a ver un partido de fútbol, otro partido de volleyball, otro partido de baloncesto, y otro de rugby, y Anastasia les enseñó a hacer piragüismo por el río.

Al cabo de unos días, Anastasia se llevó una gran sorpresa. Ella no se lo podía creer, ¡sus abuelos estaban entrenando!

-¿Por qué estáis entrenando?, les preguntó Anastasia.

-¿Pues no lo ves?, quiero que me enseñes a jugar al fútbol, dijo el abuelo.

-Yo quiero que me enseñes a jugar al volleyball, que me encantó el partido de ayer, dijo su abuela.

-¿Pero no sois un poco viejos?, se atrevió a decir Anastasia.

Pero sus abuelos, inmediatamente dijeron:

-¿Viejos? ¿Nosotros?, pero si estamos en perfecta forma.

-Vale, vale, dijo Anastasia. Os enseñaré, pero no lo voy a hacer sola, les diré a mis amigos que vengan para que os enseñemos juntos.

Al día siguiente, se levantaron temprano y fueron al campo de fútbol y al de volleyball, que estaban uno al lado de otro. Allí, Anastasia y sus amigos les enseñaban a jugar día tras día. Cada vez jugaban mejor y como los amigos de Anastasia vieron el entusiasmo con el que jugaban, se animaron a preguntar a sus abuelos si querían jugar al volleyball y al fútbol.

Muchos abuelos se animaron y empezaron a jugar, y al cabo de unos meses los abuelos formaron un equipo llamado “los súper abuelos”, y su lema era: “nunca es demasiado tarde para aprender nuevos deportes”.

Fueron tan buenos, que tanto el equipo de volleyball como el de fútbol pasaron a ser historia, gracias a Anastasia.

Gabriela González Rodríguez

CEIP Castilla y León (Aguilar de Campoo)

6º E.P.

Carrera con conejos

En un pueblecito de la montaña palentina vivía Mario, un niño de 8 años avisado y muy deportista.

Sus padres se dedicaban a la ganadería y Mario estaba encantado de vivir entre animales. Sus favoritos eran los conejos, que por cierto, parecía que le gustaba coleccionar, porque tenía ocho... y aún esperaba tener alguno más.

Su segunda afición era el deporte, más concretamente correr. Mario se apuntaba a todas las carreras que se celebraban los fines de semana, daba igual la distancia que tuviera que correr y el lugar donde tuviera que desplazarse para ello. Su padre siempre le animaba y le acompañaba.

- Deporte y aire puro, María, le repetía su padre todos los días.

Llegó el día de la carrera que más le gustaba a Mario. Tenía que correr a las 11 de la mañana, pero a las 10 ya estaba allí, ansioso por empezar. Buscó a sus amigos, unas bromas, calentamiento y... ¡a la salida!

La carrera estaba emocionante. Mario siempre estaba en los primeros puestos y su rivalidad con Carlos y Mateo, que también peleaban siempre por un lugar en el podio, hacía más bonita la carrera.

De repente, entre carcajadas y caras de asombro del público, pasó algo: los conejos de Mario corrían por el circuito entre los niños, como si también compitieran. ¡Se habían escapado del camión de su padre!

Parecía que quisieran alcanzar a Mario y, mientras algunos niños no entendían nada de lo que pasaba, otros dejaron de correr porque no podían parar de reír. Otros incluso tropezaron con alguno de los conejos y les hicieron caer. Y otros solo querían coger un conejo para llevárselo a su casa.

Finalmente, el primero en llegar a la meta fue Copito, el conejo blanco. Detrás llegaron Andrés y Mario. Fue la carrera más divertida que los niños recuerdan. Desde entonces, todos los años por la misma fecha, se disputa una carrera de conejos en la que participan todos los conejos de Mario... y este año ya son diez conejos. ¡Ah!, y hay premios para todos los concursantes.

Elia Gutiérrez Mediavilla

Colegio San Gregorio (Aguilar de Campoo)

6º E.P.



El sueño de una oveja

Me llamo Dipy y soy una oveja churra.

Nací hace unos años en un pequeño rebaño de Población de Campos, un pueblecito al lado de Frómista, por el que pasa el Camino de Santiago. Mis primeros años de vida los pasé con mi madre chospando por Tierra de Campos, junto a mis dos grandes amigos, Asun, una oveja negra que nació el mismo día que yo, y el cachorro Sultán que se convertiría en el mejor perro del mundo.

A los tres nos encantaba correr libres por el campo, saltar y jugar sin parar, él aprendiendo su oficio y nosotras fingiendo que le hacíamos caso y volvíamos obedientes al redil.

Pero los tres nos fuimos haciendo mayores y tuvimos que pensar a qué nos íbamos a dedicar en la vida, teníamos que “sentar la cabeza” como decían las ovejas más mayores. Sultán lo tenía claro, pensaba cuidar el rebaño más grande de Palencia. Asun quería ser la protagonista de los cuentos de los niños; lo tenía fácil, porque era una oveja negra y simpática y destacaba sobre todas las demás. Y yo quería ser corredora profesional, una gran atleta. Era lo que más me gustaba ¡correr y correr! El resto del rebaño pensaba que estaba loca y se reían de mí cuando entrenaba, mientras ellas pastaban. Así, que decidí escaparme para conseguir mi sueño. Y una noche, con la ayuda de Asun y Sultán, abandoné mi rebaño con mucha tristeza.

Pasé varios días caminando, hasta que llegué a un pueblo llamado Villamuriel del Cerrato. Estaba muy cansada y me resguardé a dormir un ratito en un pequeño cobertizo. Cuando me desperté, vi acercarse a una niña con agua y algo de comida. Nos hicimos amigas, ella se pasaba el día dibujando y yo corriendo y corriendo, sin olvidar mi sueño. Un día mi nueva amiga me dijo que había ganado un premio en la Diputación de Palencia y que yo era la protagonista del dibujo que había hecho para concursar. Me quedé sorprendida, me había dibujado haciendo lo que más me gusta ¡correr y correr!

En noviembre de 2021 nos presentamos los dos a recoger nuestro premio y resulta que yo era la nueva mascota de los Juegos Escolares de la Diputación de Palencia. Empecé a ir a esquiar, a fines de semana en el

mar, a campamentos de verano y también a campus multideporte, e incluso aprendí a jugar al ajedrez. Pero lo que más me gusta son las carreras de campo a través, donde puedo ¡correr y correr!

Sultán y Asun se alegraron mucho de mi éxito y ahora los visito cada vez que una competición se celebra cerca de nuestro rebaño en Población de Campos. Así que no olvides nunca que hay muchas formas de conseguir tus sueños.

Carlos Huerta Peña

*CEIP Castilla y León (Aguilar de Campoo)
5º E.P.*



Dipy, una divertida ovejita, se ha convertido en la nueva mascota de los Juegos Escolares que organiza la Diputación de Palencia

Verano divertido

Este verano he ido a mi pueblo, Somarhe, a pasar unos días con mis abuelos. Mi abuelo Sabino me había preparado una sorpresa: “Sofía te he apuntado a un curso de bolos”. Al principio no me sentía muy convencida, pero como le vi muy animado, decidí probar.

Al día siguiente, empezaba el curso en el Club Juvenil “Cien Bolos”. Esa noche dormí mal. Por la mañana, me levanté con alegría y cuando acabé de prepararme, mi abuelo ya me estaba esperando para llevarme al club.

Allí me recibió una simpática monitora; llevaba mechas y una coleta alta.

En la entrada vi gente mayor que yo y, al ver mi cara de susto, la monitora me tranquilizó y me dijo que mis compañeros eran niños y niñas como yo.

Cada día fuimos aprendiendo cosas nuevas y lo pasamos muy bien. Hice muchos amigos nuevos y después del curso, quedábamos en la plaza del pueblo, con nuestras bicis.

El último día nos habían preparado un campeonato contra nuestros abuelos. Vino mucha gente y después hubo una gran fiesta. Nos ganaron ellos, pero no me importó. ¡Lo pasamos genial!

Cuando llegué a casa, mis abuelos me regalaron un juego de bolos nuevo y yo les prometí volver el próximo verano y seguir aprendiendo con ellos y mis amigos.

Desde entonces he comprendido que si no pruebas algo no sabes si te gusta. ¡Estoy deseando que llegue de nuevo el verano!

Sofía Martín Herreros

*Colegio Sto Domingo de Guzmán (Palencia)
5º E.P.*



A un paso del cielo

En lo alto de un pequeño otero de mi ciudad, se encuentra un hierático y esbelto Cristo en actitud de bendecir. Desde allí observa, hasta donde su vista llega, cómo los palentinos juegan al fútbol, nadan en la piscina, pedalean sobre sus bicicletas, practican piragüismo por el Carrión, celebran en la fuente de la Plaza de España el ascenso de su equipo de baloncesto a la liga ACB...

Un buen día, un simpático gorrión, se posó sobre su hombro:

- Buenos días pajarillo, que suerte tienes de tener esas alitas que te permiten volar libre por el aire e ir donde tú quieras. ¡Lo que daría yo por llegar hasta aquellas lejanas montañas y escalar por sus laderas!

Una noche de luna llena, se produjo un gran resplandor, y aquel estático Cristo pudo bajar de su otero. Y sin pensarlo un segundo, puso rumbo hacia el norte en busca de su sueño.

A la mañana siguiente, las estatuas vida propia tomaron y los palentinos alucinaron. Y cuando miraron al cerro, vieron que el Cristo no estaba.

- ¡Extra, extra!, gritaba la vocera. ¡El Cristo del Otero ha desaparecido!

Al enterarse el Campesino Ibérico, subió raudo hasta la cima del cerro y divisó una hilera de enormes pisadas sobre los campos. Allí en la lejanía, el Cristo caminaba directo hacia la montaña. En un santiamén, las esculturas fueron convocadas en torno al monumento de la Mujer Palentina para organizar una expedición y una multitud de chiguitos le prepararon un regalo.

Desde ahí partieron hacia el norte: la atleta palentina en cabeza haciendo gala de su velocidad, la familia caminando a grandes zancadas, la niña de la comba saltando, la aguadora refrescando, la castañera alimentando...

Y así cruzaron vega y valle, llanura y montaña.

Y desde la cima del Espigüete, el Cristo del Otero exclamó:

- ¡Ánimo compañeros! Estáis a un paso del cielo, un último esfuerzo.

En la cumbre, recibió el obsequio de los niños. ¡Un montón de bufandas moradas para no pasar frío! Y la gárgola del fotógrafo tomó una instantánea con su cámara para inmortalizar aquel gran momento.

Y así, el Cristo cumplió su sueño.

Naiara Moreno Ortega

*Colegio Sto Domingo de Guzmán (Palencia)
6º E.P.*



El Servicio de Deportes de la Diputación organiza distintos eventos deportivos para poner en valor los recursos turísticos de la provincia

Sin estereotipos

Era muy inquieto, inteligente y creativo. Vivía en una pequeña ciudad. Se llamaba Jorge. Desde muy pequeño, algunos niños se burlaban de él, porque no sabía jugar al fútbol. Había nacido para la gimnasia rítmica.

Al principio le molestaba y se planteaba si debía dejar la gimnasia para apuntarse a fútbol. Después, comprendió que no dejaría de hacer lo que más le gustaba para complacer a los demás. Todos los días pasaba los recreos con algunas niñas de su clase, porque los niños jugaban al fútbol, y todos los días se burlaban de él y le decían cosas como “nenaza” y otros calificativos peores. Aguantaba todas las horas por la mañana con una única esperanza: que llegara la tarde para ir al pabellón de su ciudad y hacer lo que más le gustaba.

Jorge se sentía bien con sus amigas, hasta que llegó al instituto y el “bulling” volvió a atacarle con más fuerza. Él se lo dijo a sus padres, quienes tuvieron una charla con él y le dijeron que tenía que hacer lo que le hiciese feliz, sin importar lo que dijeran los demás. No muy convencido, Jorge siguió su día a día.

Intentaba ignorarlo todo, hasta que un día todo pudiera cambiar. Su profesor de gimnasia artística le dijo que iban a hacer un espectáculo en su instituto y que participarían muchos niños y niñas. Al principio le encantó la idea. ¿Cómo te sentirías si te preguntan que si quieres participar en algo para lo que te llevas preparando toda tu vida y, encima, es la cosa que más te gusta en el mundo? Estarás pensando que muy bien, y como he dicho, así fue al principio. Hasta que pensó en cómo podrían reaccionar sus compañeros del instituto. Le dijo a su entrenador que se lo preguntaría a sus padres, pero quien quería pensarlo era él.

Pensó toda la noche qué debía hacer. No sabía si después del espectáculo, sus compañeros le harían aún más el vacío o qué podría pasar. Justo antes de quedarse dormido, lo entendió todo.

No importa lo que te digan o piensen los demás. Tú tienes que hacer



lo que a ti te gusta y te hace feliz, y si los demás no saben apreciarte, en realidad es peor para ellos. Pierden la oportunidad de tener un amigo original con voluntad y una gran valentía y esfuerzo.

Jorge no se lo volvió a pensar. Al día siguiente se lo dijo a su entrenador, quien le preparó tan bien que cuando llegó el día fue la estrella de todo el instituto. Se veía suelto y ágil, pero profesional. Daba volteretas y giros increíbles. Sus piernas y brazos parecían de goma. Era impresionante. Desde ese día, Jorge compite en su ciudad y puede que algún día lo haga por todo el mundo. Tiene grandes amigos que le apoyan en cada paso que da.

Jorge es un gran ejemplo a seguir, se enfrentó al acoso escolar y siguió esforzándose, mejorando y aprendiendo cada día más.

Vega Rodríguez Martín

Colegio Santo Ángel (Palencia)

6º E.P.

La pasión de Lucía

Había una vez, una niña llamada Lucía. Tiene once años, los cumple el 3 de septiembre. Le apasiona el baloncesto. Si la veis su habitación, no hace falta que os diga su amor por él. Tiene miles de pósteres del Zunder Palencia y de Amaya Valdemoro. Su sueño es crear un Zunder femenino, pero tiene un problemilla; es parálitica. Se quedó coja por un golpe fuerte en la médula espinal, pero lo superó gracias a que existe baloncesto para discapacitados.

Una amiga suya del colegio juega en el Filipenses. Durante el recreo no dejan de pasarse el balón. Su amiga la enseña trucos de baloncesto como el salto y Lucía flipa con los movimientos de su amiga. Cuando llega a casa, siempre, pero siempre, espera a que empiecen los deportes para ver si hay alguna noticia de baloncesto. Siempre que puede, juega con su padre en el patio de su casa, se lo pasan genial. A la hora de cenar la cuentan todo lo que hicieron a su madre.

A los 13 años sus padres la apuntaron en un equipo de baloncesto para discapacitados. Ella estaba loca por empezar a cumplir su sueño. Cuando fue a entrenar, conoció a todos sus nuevos compañeros y, de repente, se abrió la puerta del pabellón, ¿sabéis quién entró? Era nada más y nada menos que ¡Chema González! Y les iba a entrenar a ellos y a ellas.

Al principio, Lucía no se lo podía creer, estaba muy nerviosa, pero luego se fue soltando y metió tres canastas. Cuando llegó la hora de irse a casa, pidió un autógrafo y una foto a Chema. Con el tiempo, fue contando su sueño de formar un Zunder femenino. Le dijeron que iba a llevar mucho tiempo y trabajo pero que con empeño iban a conseguirlo. A Lucía le daban ganas de saltar, así que hizo mucha fuerza con los brazos haciendo que botara.

¡No se lo podía creer, por fin su sueño comenzaba!

Al día siguiente, como era fin de semana, después de desayunar y asearse, fue directa hacia su mesa, sacó un folio y se puso a diseñar la equipación. Sería morada, pero en vez de los bordes de las camisetas y pantalones azules, serían rosas, y las zapatillas unas Jordan negras.

Incluso creó su propio balón; sería morado con rayas rosas y el logo del Zunder Palencia, esta vez el logo se quedó igual.

El siguiente miércoles Lucía enseñó su dibujo a Chema, y ésta fue su reacción:

- Lucía, que buena dibujante eres.
- Gracias, dijo en tono suave
- Jaja, las Jordan ¿eh? Si, son las mejores.

Finalmente, no pudo crear el Zunder Palencia, pero ahora es una jugadora profesional. Lucía Soria.

Jimena Pérez Masa

*Colegio Nuestra Sra de la Providencia (Palencia)
6º E.P.*

Un fin de semana inolvidable

No sé por qué, pero soy un caso raro. Siempre he preferido la bicicleta a un balón, ver La Vuelta a un partido... Desde pequeño, me recuerdo andando en bici, entrenando, compitiendo y compartiendo mi afición casi siempre con los mismos niños y niñas.

Con Diego entablé una amistad especial. En el puente de la Comunidad celebraba su cumpleaños en su pueblo, Cardaño de Arriba. Me dijo que subiera el saco de dormir y la bici de BTT, que al día siguiente era el campeonato de Castilla y León en Vidrieros. Iba a ser un fin de semana inolvidable.

El cumpleaños lo celebramos haciendo una ruta por la espectacular cascada de Mazobre y durmiendo en el refugio a los pies del Espigüete.

Los primeros rayos de luz, escuchando al roquero rojo y al gorrión alpino, hizo que nos levantáramos de buen humor sin falta de despertador. Recogimos el refugio, bajamos al Puente Agudín donde cogimos agua helada de la fuente del Espigüete y nos dirigimos a Vidrieros, siguiendo el embalse de Camporredondo.

El circuito de BTT estaba húmedo y con algo de barro. Tenía dos subidas técnicas, pero que se hacían bien, y una peligrosa bajada que acababa en un gran salto para atravesar el arroyo de Valdenievas. Los peraltes hacían la bajada muy divertida, sin necesidad de tocar los frenos.

En la salida me encontraba inseguro, los dos años anteriores me había caído y me tuve que retirar. Los nervios estaban a flor de piel, ya que nos jugábamos el maillot de campeón de Castilla y León.

El juez dio la salida y salimos todos en estampida. Salía de los últimos, pero poco a poco fui adelantando puestos, terminando en séptimo lugar.

Después de la carrera nos pusimos a jugar del primero al último, todos juntos, como una gran familia, la familia de los pequeños ciclistas, con el Curavacas de testigo.

David Sanz Moreno

CEIP Padre Honorato del Val (Monzón de Campos)

6º E.P.



CATEGORÍA

“B”



1º y 2º
de E.S.O.

Trofeo JULIO VERNE

El **"Trofeo Julio Verne"** es único y premia al aspirante que haya mejorado el récord de la vuelta al mundo a vela.

El **Trofeo Julio Verne** es un premio que se concede a los regatistas que consigan realizar la navegación marítima alrededor del mundo más rápida realizada con cualquier tipo de embarcación a vela. El trofeo fue entregado por primera vez al primer barco que dio la vuelta al mundo en menos de 80 días. El nombre del premio es una referencia a la novela de Julio Verne ***"La vuelta al mundo en ochenta días"***, en la que Phileas Fogg atraviesa el planeta (aunque sea por ferrocarril y barco de vapor) en 80 días.



El sueño de un luchador

Esta historia comienza en Palencia. Allí nació un chico llamado Manuel.

A este niño, desde pequeño, le gustó mucho el deporte, sobre todo el tenis. El día en que realmente conoció el tenis tenía 8 años y fue en su primer entrenamiento. En ese preciso momento, Manuel supo que iba a llegar lejos.

Sus padres, desde pequeño, además de enseñarle cómo dar un buen raquetazo, le enseñaron una cosa importante para cualquier deporte, el juego limpio y la deportividad. Cada vez que perdía fue aprendiendo a no enfadarse y a no tirar la raqueta al suelo. Cuando esto sucedía, sus padres se enfadaban mucho y le quitaban de entrenar durante unos días.

Este es el principio de un gran luchador del tenis, pero no fue fácil. Sus compañeros de clases se reían de él, porque no practicaba fútbol o baloncesto y le decían que era muy malo en su deporte. El único que siempre le apoyaba en todo era su amigo Miguel. Esto hizo que, a los 12 años, Manuel casi dejará por completo su gran pasión, el tenis, por culpa, de los insultos y las gracias de sus compañeros que soportaba en silencio.

Un día la madre de Manuel vio que su hijo llegaba a casa llorando. Ya no aguantaba más los insultos y los desprecios. Su madre, cuando le calmó, le dijo que todo ese enfado y rabia que tenía dentro lo canalizara en esforzarse y ser mejor deportista para sorprender a su clase. En estos momentos, su amigo Miguel siempre le apoyaba diciendo que sus compañeros no tenían ni idea de tenis y no sabían lo que decían. Para él, Manuel era el mejor tenista del mundo.

Después de muchos entrenamientos llegó el torneo. Su primer torneo hasta la fecha. En el último partido perdió y, recordando las enseñanzas de sus padres, felicitó a su oponente. Desde ese momento, se hicieron grandes amigos.

Con 16 años llegó el torneo más importante de su vida, porque se celebraba en su tierra, Palencia. No quería decepcionar a nadie. Partido a partido fue ganando y subiendo como la espuma, hasta llegar a semifinales. Los partidos fueron siendo más y más duros, pero con su

fortaleza y determinación fue ganando uno a uno. Un día conoció a su adversario Rafael, un chico muy conocido en todas las pistas. Manuel estaba muy nervioso. Unas horas antes, uno de sus compañeros de clase le dio la idea de amañar el partido. El árbitro era su padre y por un módico precio podía convencerle para que ganara. La idea era tentadora, pero después de pensárselo un poco se negó. Sin embargo, Rafael sí que accedió a sus propósitos y le pagó para que estuviera a favor suyo.

Empezó el partido y Manuel ganaba el primer set. El encuentro estaba muy igualado cuando el árbitro anuló un punto decisivo e injusto a Manuel. Se sintió fatal y cuando estaba a punto de abandonar recordó las palabras de su madre: “canaliza la energía negativa para ser mejor”. Esto hizo que Manuel remontara y ganara. Al terminar, Rafael estaba arrepentido y enfadado, pero Manuel le consoló con cariño.

El día de la final llegó y esta vez sin nada en su contra. El partido comenzó y el primer set para Manuel no fue bueno, perdió. En el descanso, entre el público estaba su padre, que se acercó y susurrando le dijo:

-Eres bueno, muy bueno. Simplemente cree en ti.

Los minutos fueron pasando, hasta que después de mucho luchar ganó el último set. Manuel era el mejor deportista y todos sus compañeros se sentían al final muy orgullosos de él.

Esta historia nos enseña a jugar limpio, ser buenos compañeros y amigos con el rival. Debemos tener deportividad como Manuel.

Mario Álvarez Sánchez

IES Recesvinto (Venta de Baños)

1º ESO

Un día de verano

Un día de verano muy caluroso había una niña llamada Irene, que jugaba con sus amigos en la calle. Irene es una niña de 12 años que vivía en Palencia, y se juntaba con sus amigos en los veranos, una época para ellos muy importante, ya que no los veía durante todo el año.

Sus amigos vivían prácticamente al lado de su casa, ya que era un pueblo pequeño, llamado Santoyo. Como todos los veranos, a finales de agosto son las fiestas, y como siempre en los pueblos suelen venir acompañadas de unos buenos juegos tradicionales, y muchas cosas más.

A la mañana siguiente, colgaron por todas partes el programa de fiestas con muchas actividades. Normalmente, suele venir gente de pueblos cercanos a pasárselo bien. A la mañana siguiente, salieron a la calle un montón de niños a jugar a intentar meter las máximas canicas en un agujero, más tarde comenzaron a irse al torneo de la rana, que iba por edades.

A Irene y sus amigos les tocó en “adolescentes”. Estuvieron hasta la hora de comer. Irene volvió a casa con sus amigos Marcos y Paula; Marcos es de un pueblo de Salamanca y Paula es de un pueblo cerca de León. Fueron a sus casas a comer, y quedaron a las cinco en la plaza para jugar a los bolos. Les mandaron hacer grupos y les tocó a los tres amigos juntos. Comenzaron a jugar, y Paula derribó seis bolos y el equipo contrario cinco, y como iban empate los dos grupos, ganó el equipo de Paula, Irene y Marcos.

A continuación, les dieron una merienda saludable, ya que tenían mucha hambre. Estuvieron pensando en ir al río o a la piscina, porque estaban teniendo mucho calor, así que cada uno cogió sus cosas y se fueron a la piscina de la casa de Marcos. Se estuvieron divirtiendo el resto de la tarde, hasta que Irene se tuvo que ir a casa a duchar, para luego por la noche salir a divertirse un rato. Paula también se fue, y Marcos igual, y quedaron en la plaza después de cenar.

Irene llegó a casa y se duchó rápidamente y cenó junto a su familia. Nada más acabar, se puso ropa cómoda para salir a jugar. Por el camino encontró a Paula y juntas llegaron a la plaza. Se pusieron todos los niños del pueblo a jugar al escondite ya que eran muchos. Más tarde

vinieron unos gemelos, y trajeron muchas cosas, como una soga enorme, unos pañuelos..., con eso se les ocurrió jugar a un montón de juegos, la gallinita ciega, saltar a la comba o jugar a la “sogatira”.

Fue una noche maravillosa para los niños de Santoyo, pero se hacía tarde para seguir en la calle, así que recogieron y se fueron cada uno a su casa.

Irene Catalina Calleja

IES Canal de Castilla (Villamuriel de Cerrato)

1º ESO



La Diputación de Palencia celebra cada año el Torneo Provincial de Juegos Populares, con la participación de cerca de 1000 palentinos.

Experiencias sobre nieve

Hace unos cuantos años, nació en un pequeño pueblo andorrano una niña llamada Ainara. Ainara, siempre había sido una niña muy risueña y apasionada por la nieve, probablemente porque había nacido en Andorra, un país muy conocido por las grandiosas pistas de esquí.

En su pueblo, las casas solían estar construidas con piedras de distintos tonos de gris, además, las ventanas, estaban cubiertas por los lados con unas tablas de madera. El tejado, no parecía muy fiable, pues en invierno siempre acababa con un gran manto frío y blanco por encima, el cual, hacía que, poco a poco, el tejado perdiera estabilidad. Sin embargo, el interior era todo lo contrario, o al menos así lo recordaba. Tenía el recuerdo de una gran chimenea y un olor a un buen chocolate con churros.

Todos los días al volver del colegio, Ainara entraba en casa y veía a su abuelo sentado en el sofá, recibéndola siempre con una sonrisa de oreja a oreja. Él, sentado en el sofá, miraba su álbum de fotos, donde estaban acumulados un montón de importantes momentos de su vida. Mientras tanto, en la cocina, donde solía ir Ainara al volver de clase, estaba su madre cocinando, mientras tenía su música favorita a todo volumen.

Un día cualquiera, sin motivo alguno Ainara llegó un poco más tarde a casa después de una dura mañana. Se había fijado en un cartel de estos que cuelgan por las farolas de la calle, en el que aparecía un hombre bastante similar a alguien que ella conocía. En el cartel decía que el campeón mundial de esquí sería invitado a una gran ceremonia un poco peculiar en una pista de esquí en Canadá, probablemente una de las mejores del mundo. Ainara seguía con una gran intriga de descubrir quién era aquel hombre que le resultaba familiar.

Ainara llegó a casa, pero en vez de ir a la cocina, se sentó junto a su abuelo y se quedó unos minutos mirándole. Observando la forma de su cara y el color de sus ojos, llegó a la conclusión de que él era aquel hombre del cartel. A los cinco minutos sonó el teléfono, y llegó su madre al salón corriendo a darle el teléfono al abuelo. Efectivamente, Ainara tenía razón, en tres meses su abuelo se iba a Canadá. Esta, le preguntó a su abuelo qué pasaba, aunque ella ya lo sabía. Su abuelo, le contó que desde joven practicaba el esquí y que en unos Juegos Olímpicos había sido finalista y ganador. De hecho, le estuvo enseñando un montón

de fotos de él esquiando. Ainara, se interesó por este deporte, al igual que por muchos el resto de su vida.

Pero ella, sabía que este iba a ser el deporte definitivo. Su abuelo la estuvo entrenando durante largos meses antes de irse a Canadá. La estuvo llevando por un montón de populares pistas de esquí alrededor del mundo. También la compró los mejores esquíes para poder hacerlo lo mejor posible. Ainara llegó a competir en varios campeonatos antes de que su abuelo se fuera a Canadá. Sin duda, Ainara se convirtió en una excelente esquiadora.

Pero desgraciadamente, un par de días antes de la fiesta en Canadá, su abuelo cayó enfermo y no tenía ánimos de coger un vuelo tan largo. Así que le dijo a Ainara que fuera ella en su lugar y disfrutase de esa nueva aventura, animando a pequeños y a adultos a practicar este deporte. Y así lo hizo, pero cogiendo el vuelo a Canadá, se arrepintió de haber dejado allí a su abuelo, aunque en el fondo, ella sabía que lo único que él quería era verla feliz.

Durante la experiencia en Canadá, animó a muchos niños a realizar este deporte tan curioso, y, además compartió con todos los consejos que su abuelo la había dado estos meses para que nunca tirase la toalla.

Sin lugar a duda, Ainara fue una gran esquiadora en su época, pero no solamente por eso, sino porque inspiró y aconsejó a mucha gente.

El 20 de enero, en su pueblo, se construyó una estatua en honor, pues fue un gran ejemplo a seguir y un gran orgullo para su pueblo.

Leyre Colinas Ochoa

Colegio Santa Clara de Asís (Palencia)

2º ESO

Nuevas experiencias

Estoy desesperada. Siempre me ha gustado el bádminton, pero nunca he llegado a competir con nadie más que no fueran mis amigos. La verdad es que nunca he tenido muchos amigos, sólo los necesarios.

Soy una persona muy tímida, por eso no quería entrar en el club. ¿Con quién voy a hablar? ¿Me harán caso? ¿Me irá bien? Ojalá no haga el ridículo... ¿Y si mejor no voy? Siempre preocupada por el qué dirán.

Bien, esa será mi decisión. Me niego a ir, pensé.

-Claro que irás, dijo mi hermano.

Mi hermano es mi mano derecha, mi mayor apoyo. Las cosas no han ido muy bien últimamente, y él ha estado ahí. Como si me leyese la mente, me dijo:

-Tienes que ir, así te distraerás y no pensarás tanto en el accidente

Sabía que tenía razón, que ése era uno de los problemas, pero es que me daba miedo y vergüenza. El accidente no dejaba de atormentarme. Recordaba perfectamente cómo huía de ese grupito, que me hacía vivir un infierno. Cómo, mientras escapaba de sus “bromas”, crucé la carretera sin mirar y, de repente, todo era oscuridad. Gracias al cielo estoy bien, y el atropello no fue muy grave, pero el trauma sigue ahí.

-Vale, iré, me dije a mí misma. Debía superar ese miedo.

Llegó el primer día del club. He estado mucho tiempo practicando para no fallar delante de todos y no meter la pata. Creo que estoy preparada, pero sigo nerviosa. Bueno, ya escribiré sobre cómo me vaya, espero que bien.

Tiempo después.

Mientras iba al club, iba mirando hacia todos lados, esperando a que alguno de mis excompañeros de clase se apareciera delante de mí para robarme algo o empujarme. Estaba empapada de sudor, y eso que todavía no había empezado el entrenamiento. Unos pasos más y llegaría al club. Mi ansiedad estaba aumentando, se me estaba cortando la respiración y se me escapaban las fuerzas. Pero pensé en el apoyo y confianza de mi hermano, y en lo orgulloso y feliz que se sentiría si entraba en el club, así que lo hice. Logré entrar.

Fui directa a dejar mis cosas en una taquilla, y me até el pelo. Una mujer vino a buscarme.

-¿Thalía?, preguntó.

- S-S-Sí, s-soy y-yo- respondí. De los nervios estaba hasta tartamudeando.

La mujer era mi entrenadora, y la verdad es que parecía muy amigable, así que eso me animó a acompañarla. Antes de entrar, me comentó que ya sabía alguno de mis problemas, y que estuviese tranquila, que todo iba a ir bien. En cuanto entré, el lugar me infundió paz. Era un sitio iluminado, amplio y grande. Todas mis compañeras me miraban con una sonrisa radiante.

-Eh, ¡hola!, dijo una chica, te estábamos esperando.

Todas parecían muy contentas de verme. Reuní todas las fuerzas posibles y hablé:

-Hola, me llamo Thalía y tengo ansiedad social, así que, por favor, no me juzguéis. Me arrepentí al instante, pero me quité un peso de encima.

Nadie se rio de mí, nadie me miró mal ni se burló. Ni siquiera me ignoraron. Me tranquilizaron y me dieron a entender que no pasaba nada, que no me preocupara. Que no estaba sola. Por eso, no tengas miedo. Me lo pasé muy bien, e hice muchas amigas.

Para quién esté leyendo esto, recuerda; no está mal decir lo que sientes, tener un apoyo, o sentir miedo o nervios por algo.

No está mal probar nuevas experiencias.

Iris de la Gala Herrero

Colegio Nuestra Sra de la Providencia (Palencia)

2º ESO

Un camino largo para el triunfo

En un pueblo de Texas había una niña llamada Emma, que estaba haciendo las maletas para mudarse. La niña tenía 12 años y era una gimnasta nacional. Tenía una hermana de 9 años llamada Emily.

Su mejor amigo, Henry, estaba esperándola para despedirse de ella. Se iban a España. Cuando cogieron el avión, Emma y Emily se pusieron muy tristes, porque no solamente se iban de su lugar de nacimiento, sino que tendrían que comenzar de cero y hacer nuevos amigos y adaptarse a nuevas aficiones, al nuevo colegio, nuevo idioma y nuevo deporte. Emma estaba muy nerviosa por bajar en el aeropuerto de Santander e ir a Aguilar de Campoo (Palencia).

Cuando llegaron, el nuevo equipo de Emma estaba allí esperándola para saludarla. Su equipo se llamaba club Rítmica Ritpalencia y estaba compuesto por varias gimnastas de Aguilar de Campoo y Herrera de Pisuerga.

En el primer día de entrenamiento, todas sus compañeras se sorprendieron al verla, ya que Emma tenía muchísima flexibilidad de pierna y de espalda. Su entrenadora, Vero, la preguntó quién la había enseñado a hacer todo eso y ella le respondió que estuvo en uno de los mejores clubs de Texas.

Durante los siguientes días, Emma siguió entrenando e hizo amigos en el instituto. Sus padres estaban felices de que Emma y Emily pudiesen adaptarse bien a su nuevo hogar.

Entrenado se dio cuenta de que en todas sus competiciones quedaba siempre de las primeras y un día le propuso a su entrenadora subir al absoluto. Vero lo había pensado varios días antes, pero no esperaba que ella quisiese subir tanto. Al final la subió, pero al principio notó que cada vez se ponía más nerviosa y se estresaba más. Emma decidió contar estos sentimientos a sus nuevos amigos de instituto; Alex, un chico de 13 años, y Marta, una chica de su misma clase. También se lo contó a su hermana. Todos intentaron calmarla diciendo que no se preocupase, que todo iría bien.

Cuando llegó la primera competición en Palencia, Emma tenía que empezar con pelota y seguir con aro, Con la pelota todo la salió muy bien, aunque falló un riesgo haciendo que su puntuación se quedase en 27,75. Cuando llegó el aro, que era su aparato favorito, se puso muy nerviosa y la sudaban las manos. Salió al tapiz y se sentía insegura. Sonó el pitido de su música, empezaba en el suelo y todos los rodamientos la salieron, pero cuando fue a hacer la dorsal no pudo contener bien el equilibrio y se cayó. Ella intentó seguir, pero no se podía levantar. Llegaron los médicos y tras varias pruebas le dijeron que tenía un esguince de tobillo y tenía que descansar un mes y medio.

Su próxima competición era el 17 de mayo en Valladolid y estaban a 2 de marzo. Emma quería seguir entrenando, pero sus padres no la dejaban porque tenía que descansar y reposar. Pasado un mes, decidió empezar a entrenar con cuidado y sin poder hacer todas las dificultades. Sus compañeras Sara y Nerea decidieron hacerle un regalo para que se sintiese mejor. Si no iba a ese campeonato tendría menos posibilidades de pasar a ser seleccionada por la federación española.

Llega el campeonato y Emma sale con un vendaje en el tobillo. Empieza el ejercicio y Emma se relaja. Cuando acaba la música, todos sus amigos, familiares y compañeras la aplauden. Lo había hecho genial. Emma se va contenta y segura de sí misma. Cuando dan las puntuaciones, Emma tenía 30'50. Lo había hecho muy bien, pero no fue suficiente para pasar a la selección y superar al resto de gimnastas, ya que en esta competición solo pasaban siete gimnastas y Emma quedó undécima. Emma estaba contenta, porque a pesar de su esguince había sacado muy buena puntuación.

Y, con mucho esfuerzo y sacrificio a lo largo de su vida, ha podido llegar muy lejos. Incluso su mejor amigo Henry, que está en Texas, ha apoyado a Emma en su futuro con la gimnasia rítmica.

Andrea García Montero

IES Santa María La Real (Aguilar de Campoo)

1º ESO



No tenemos derrotas, sino resultados

Aún recuerdo como si fuera ayer, cuando iba a ver partidos de baloncesto con mi abuelo al Pabellón Obispo Nicolás de Villamuriel. Esas tardes de emoción cuando ganaba nuestro equipo. Mi abuelo, desde que yo había sido un bebé, me había cuidado y mimado. Yo pasaba mucho tiempo con él, porque mis padres estaban casi todo el día trabajando. El vínculo que tenía con mi abuelo era muy especial.

Cuando tenía siete años me apunté a baloncesto. El día que iba a jugar mi primer partido, estaba muy nerviosa; tenía miedo de que se rieran de mí, pero mi abuelo me apoyó y me dijo: “Qué tu felicidad no dependa de los demás”.

Ese día perdimos y también muchos otros más. No obstante, gracias a esa frase, veía las derrotas de una forma más positiva, ya que era un deporte que me gustaba y me divertía.

Uno de los días que más me acordé de esa frase, fue durante un partido donde nos jugábamos el torneo regional de la Diputación de Palencia. La mayoría del partido, mi equipo iba por delante. Ganábamos por un punto y ya quedaba poco, pensábamos que teníamos ganado el partido y perdimos la concentración. Y en el último segundo nos metieron una canasta y acabaron ganando.

Ese día lloré mucho. Pero mi abuelo me dijo una frase muy importante para mí que la sigo recordando hoy en día: “No tenemos derrotas, sino resultados”. Desde que él me la dijo, cuando perdía algún partido de baloncesto, ya no me lo tomaba mal e intentaba aprender el motivo de la derrota. Pasaron los años y yo me hice mayor, pero seguía practicando el deporte de mi infancia.

Iba a jugar un partido muy importante. Si ganábamos, mi equipo sería campeón provincial. La mayoría del partido íbamos perdiendo y estábamos muy desconcentrados.

Hubo tiempo muerto a quince segundos del final. Teníamos oportunidad de ganar si metíamos un triple, pero los ánimos del equipo eran muy bajos. Me puse al frente del grupo y, recordando la frase de mi abuelo

y lo que aprendí de ella, les dije: “No hay derrota hasta que suene la bocina”. El grupo se animó y salimos eufóricos. El momento final lo recuerdo como si hubiera ocurrido en cámara lenta. Sofia pasó la pelota a Jimena, luego mi compañera me la pasó a mí, corrí hacia la canasta para intentar meter un triple. El público se levantó, me animaban... respiré hondo y lancé la pelota con seguridad, metí canasta a dos segundos del final.

Todos mis compañeros me abrazaron, mi familia, todos. Si no hubiera sido gracias a las frases que mi abuelo me dijo todos estos años, no hubiera seguido jugando y no hubiera tenido esa motivación.

Antes de salir de la pista, miré al cielo y dije: “Te quiero abuelo, gracias abuelo”.

Ariadna García De Prado
IES Alonso Berruguete (Palencia)
1º ESO

Los ojos de quien lo mira

¡Llego tarde!

Es lo primero que pensé cuando crucé el Parque Isla dos Aguas, el del campo de fútbol, corriendo como alma que lleva el diablo. Me había entretenido al salir de clase y ahora iba pillada de tiempo. Todo había sido culpa de Marcos, que me había dicho que él y unos amigos iban a quedar para jugar al fútbol y me había invitado a ir con ellos. ¡Como si tuviera tiempo!

Uy, por cierto, soy Cristal y tengo trece años. Y este es el día en el que empecé a mirar la vida con otros ojos.

Mientras corría, me tropecé y me caí, ¿por qué tenía que pesar tanto la mochila?

-¿Estás bien?

Me levanté sorprendida al oír la pregunta. Me di cuenta de que había caído enfrente de un banco y que la persona que me había hablado estaba sentada en él. Era un señor mayor, su tez era del color del cacao y su cabello gris por el paso de los años. Era bastante bajito, pero tenía una mirada agradable, que me miraba con preocupación.

-Eh, sí, sí, estoy bien, dije torpemente.

No me esperaba que alguien me hubiera visto tropezar y menos que se preocupara.

El señor asintió y empezó a mirar al frente y su mirada se perdió en algún punto que no conseguí identificar. Debería haber seguido andando, pero en vez de eso, olvidándome por completo de que llegaba tarde, me senté al lado suyo. Muerta de curiosidad, no pude contenerme y le pregunté.

-¿Qué mira?

Él me miró con sorpresa y volvió a mirar al frente, justo cuando creía que no me contestaría, empezó a hablar.

-Más que mirar, veo.

Me quedé extrañada con la contestación y se me debió notar en la cara, porque continuó hablando.

-Veo lo que hay ahora y lo que había antes.



Eso me desconcertó aún más, lo que hizo que el señor soltara una carcajada y me lo explicara.

-Veo lo que hay ahora, un campo de fútbol, otro de baloncesto, un bar, un foso de arena, etc, y veo lo que había en mis tiempos, los recuerdos que viví, la gente con la que los viví, etc. Aquí antes no había nada, era todo vegetación y sólo se podía entrar cruzando el puente de hierro. Podía entrar cualquiera, mis amigos y yo veníamos a veces a jugar al fútbol o a lo que quisiéramos, pero veníamos poco porque normalmente jugábamos en la calle. El portero era Richi, era el más gracioso; el mejor delantero era Rodrigo, siempre le gustó mandar; Javier era el árbitro, al principio era portero pero cuando al parar un balón le dio en la cara y se le rompieron las gafas decidimos que fuera árbitro, sobre todo para que su madre no lo matara.

Ahora tenía otra expresión en los ojos, ¿pena, alegría, miedo? No, por fin la conseguí descifrar, era nostalgia.

-No he vuelto a saber de ellos desde hace más de veinte años, espero que estén bien.

Había vuelto a poner la mirada perdida y carraspeé para que supiese que seguía ahí. Él me miró sorprendido, como si se hubiera olvidado de que seguía ahí.

-Lo siento, bueno, ahora que ya lo sabes, me gusta venir aquí a ver cómo han cambiado las cosas y a perderme en mis recuerdos.

Volví a mirar al frente, pensando que debería de haber dicho que sí a lo de quedar para jugar al fútbol. Me despedí y volví a reanudar mi camino sin tanta prisa pensando que yo también tenía recuerdos de cuando era pequeña y que entendía lo que era recordar.

Ahora, setenta años después, sentada en el mismo banco en el que estuvo sentado aquel señor, entiendo lo que me quería decir. No soy más alta de lo que era aquel señor y mi cabello también se me ha aclarado, con la única diferencia de que el mío es blanco como la nieve. Igual que a él, sólo me queda recordar viendo como otros niños forjan sus recuerdos jugando al fútbol, baloncesto, voley, etc.

Ana Martín Pérez

Colegio Marista Castilla (Palencia)

2º ESO



Tu legado

Todo comenzó con aquella llamada, bueno, en realidad mucho antes. Cuando me enteré de que mi tía estaba en el hospital, tenía la esperanza de que saliera, de que todo pasaría y que volveríamos a ir todos los veranos a su casa y todo volvería a ser como siempre.

Al parecer, me equivocaba, nada volvería a ser como antes. Aún recuerdo el momento exacto en el que mi abuela llamó a mi madre para decirle que el corazón de mi tía había dejado de latir. Ese día estábamos todos en el sofá, sin la tele, parecía que estuviéramos esperando esa llamada, pero no, ninguno de los que estábamos ahí quería oírla. Ni siquiera me dejaron ir al funeral. Admito que desde que todo ha pasado no soy la misma, pero estoy intentando mejorar.

Siempre me ha gustado salir a correr para evadirme de mis problemas. Después de todo lo que había pasado, necesitaba olvidar por un tiempo aquello que me hacía tanto daño. Pero no es suficiente, al menos ya no, necesitaba algo más fuerte. Ahí fue cuando encontré el boxeo, encontré un deporte que me hacía feliz, la verdad es que hacía mucho tiempo que no me sentía así. El boxeo me permitía descargar todo el dolor que sentía.

Hace un año que practico este deporte, pero para mi sorpresa existe desde 1681, increíble ¿verdad? Además, nació de una forma muy peculiar, fue cuando el duque Albemarle organizó un combate entre su carnicero y su mayordomo.

El boxeo, a mi parecer, es más que pegarse entre dos personas, es un deporte de superación. El boxeo se creó para que el pequeño venciera al grande, porque sí es posible. Mi boxeador favorito es Manny Parquiano, que ha estado en el top 10 de “The Ring” durante cuatro décadas distintas. Ganó su primer mundial con 19 años por KO (dejar cao a tu contrincante con un solo golpe) a Chatchai Sasakul. Espero verlo como olímpico en los Juegos de París 2024.

El boxeo es un deporte de admirar. Me ayudó a comprender que no solo hace falta ser fuerte físicamente, sino mentalmente también, tenemos que creer en nosotros.

Practico este deporte en Palencia, es mi parte favorita del día, el entreno.

Sinceramente, creo que este deporte me ha salvado la vida, en todas las formas posibles que se puede salvar a una persona. Aún recuerdo cuando empecé en este deporte, en realidad, no lo que hice ni lo que pasó, sino más bien lo que sentí. Llegué con el corazón roto, pero el boxeo lo reconstruyó y puso el trozo que faltaba. Porque todo el mundo sabe que cuando te rompen el corazón y te agachas a recoger los pedazos, solo hay novecientos noventa y nueve. Este deporte puso el que faltaba, el que se llevó mi tía con ella cuando se fue. Sé que nunca va a ser lo mismo, pero mi sonrisa está volviendo y creo que en el fondo es lo que ella hubiera querido.

Ya casi no lloro por su partida, sé que en el fondo es egoísta. Es egoísta querer que vuelva, ella está en un sitio mucho mejor. A ella le encantaba el boxeo, supongo que me aferré a este deporte para sentirla más cerca, para recordar que no se ha ido del todo.

Gracias por dejarme este legado tan bonito, gracias por hacerme ver que un deporte también se puede sentir como en casa y gracias por ser el mejor atardecer que he podido ver nunca.

Triana Pérez Domínguez

Colegio Don Bosco (Villamuriel de Cerrato)

2º ESO

El ave Fénix

Incluso después de dos horas de vuelo desde Ucrania, Aleksandra aún sentía el retumbar de las sirenas de aviso y las bombas cayendo sobre los edificios. Estaba cansada, muy cansada, física y, sobre todo, mentalmente. Con trece años había vivido experiencias que nadie las debería de haber vivido. Atrás no dejaba nada, siendo hija única, lo único que tenía era a sus padres, pero ellos pasaron a formar parte de las aberrantes y vergonzosas listas de fallecidos que provoca una guerra.

Estaba atardeciendo cuando el avión comenzó a aterrizar. El horizonte se llenó de cálidos colores, desde el rojo más intenso al amarillo más pálido. Podía ver como los pájaros reflejados por los últimos rayos del sol se asemejaban al Ave Fénix, que moría en el horizonte para el día siguiente emerger con su plumaje más bello.

Después de muchos trenes y autobuses, al final llegó a su destino que estaba enclavado en un pequeño pueblo de la meseta castellana. Se parecía mucho a su tierra ya que los campos de cereal lo inundaban todo como un mar sin fin. Sí, realmente eran lugares muy parecidos, pero lamentablemente uno de ellos había desaparecido y el otro se presentaba como una nueva casilla de salida en su vida.

Su nueva familia la esperaba muy nerviosa y a la vez preocupada, sin saber muy bien cómo iba a reaccionar Aleksandra con todos los cambios que la esperaban. Eran gente normal, trabajadora, generosa y sobre todo valiente por haber dado aquel paso y acoger con ellos a Aleksandra. En un principio, la niña estuvo fría y distante con las primeras muestras de cariño. Su cuerpo estaba allí, pero su mente seguía reviviendo una y otra vez el horror de la guerra.

Los nuevos padres comenzaban a estar ya muy preocupados e intentaban por todos medios que realizase actividades con sus hijos, Inés y Pablo. Los dos eran muy buenos estudiantes, especialmente Inés, que a sus 14 años ya destacaba académicamente de manera notable. Pablo con 6 años aún pensaba solamente en jugar.

En una tarde de lluvia y frío, propia de Castilla, estaban todos reunidos en la sala de estar cuando su madre empezó a sacar un álbum de fotos y se lo enseñó a Aleksandra. Parecía que disfrutaba viendo recuerdos felices de otras familias, y con el poco castellano que sabía llegó a comprender alguna anécdota que le contaban.

Pero el semblante de la familia cambió al pasar la página y ver la siguiente foto. En ella aparecían los cuatro y una niña de unos doce años con un gran trofeo en las manos; a sus pies, una hermosa bicicleta. En esa foto las miradas de los padres y hermanos eran de orgullo y satisfacción, parecía que esa niña había ganado algún trofeo importante. Aleksandra hizo entender que ella practicaba ciclismo en su ciudad y que era su deporte favorito. Quizás fue una de sus primeras sonrisas en todo este tiempo.

Los padres se miraron fijamente y asintieron el uno al otro. Con los ojos rojos y temblorosos, le dijeron a Aleksandra:

-Acompáñanos

La niña obediente les siguió hasta el patio exterior de la casa. Allí señalaron un objeto que estaba cubierto por plásticos. Sin decir nada, el padre empezó a desenvolverlo y la madre abrazó por encima del hombro a Aleksandra.

-Esta es la bicicleta de nuestra hija María, dijo el padre. Ella ya no está con nosotros. La guardamos aquí desde el día del accidente. Si tú quieres, ahora es tuya, Aleksandra.

-Ahora es el momento, sé fuerte e inténtalo, prosiguió la madre.

Aleksandra ya había visto esas miradas llenas de fe y esperanza en un futuro mejor.

-Claro que sí, contestó Aleksandra.

Y así, a partir de ese momento, una familia comenzó a superar una pérdida y una niña volvió a sonreír. Con cada pedalada mientras entrenaba era como bajar un punto el volumen de las bombas en su cabeza y cada vez que sus padres la veían se les cerraba una herida que ya estaba abierta.

Volvió a llegar el día de la carrera que cambió su vida hace años. Aleksandra iba a competir en el mismo lugar que lo hizo María, pero llevaba una camiseta en la que estaba dibujada el Ave Fénix. La familia sabía lo que eso significaba; siempre se puede resurgir, superar cualquier problema personal para volver con más fuerza que nunca como hace el Ave Fénix cada día al atardecer.

Al finalizar la carrera, todos ganaron el trofeo más importante de su vida.

Lucía Pérez Pérez

Colegio Sto Domingo de Guzmán (Palencia)

2º ESO

Con esfuerzo todo se puede

¿Te imaginas que, desde antes de nacer, tuvieras tu vida ya determinada por tu familia?, ¿o que, debido a la popularidad de tu familia, todo el mundo piense cómo eres sin conocerte? Pues eso le pasa a Carlos. Carlos es el único hijo de una familia de prestigiosos abogados de Palencia, una ciudad al norte de España.

A Carlos desde bien pequeño le han enseñado el arte del derecho. Con tres años, aprendió a leer las leyes de la Constitución, con cinco años era capaz de entender la mayoría de las leyes españolas y a los siete años, ya se las había aprendido, pero lo sorprendente es que con diez años tenía la capacidad de participar en un juicio.

Todo iba bien, hasta que se dio cuenta que su sueño, no era ser abogado, él quería ser gimnasta. Y te preguntarás, ¿cómo que gimnasta?, ¿desde cuándo?, pues desde que su padre le llevó a un juicio en el que defendió a un chico que hacía gimnasia; desde ese momento, no había dejado de pensar en ello y se empezó a escapar todas las noches a un parque de calistenia que estaba en frente de su casa.

Una noche como otra cualquiera, se fue al parque, pero se encontró con una chica haciendo unas volteretas y trucos que nunca había visto. Carlos se la quedó mirando un buen rato y cuando acabó, se acercó a ella y le preguntó su nombre y estuvieron hablando un buen rato. La chica se llamaba Siara y era la hija del domador de leones del circo que había llegado a Palencia.

La noche siguiente se volvieron a encontrar. Siara enseñó a Carlos unos trucos en la barra y, mientras tanto, empezaron a hablar de sus vidas. Carlos le contó a Siara el problema familiar y ella le dijo que debería contarle a su familia cómo se siente y cuáles son sus sueños. Pero Carlos dejó pasar el momento, porque tenía miedo a la reacción que iba a tener su familia. Durante todo este tiempo, Carlos mejoró a pasos agigantados y cada vez se le daba mejor, todo esto gracias a la ayuda de Siara y a su propio esfuerzo.

Una noche se dirigió al parque en el que siempre entrenaba y se encontró con la sorpresa de que Siara no estaba, y en su lugar se encontró con una nota que decía:



-Carlos, mi tiempo en Palencia ha terminado, me voy con el circo a hacer una gira por toda España. No te he avisado, para que estas semanas dieras lo mejor de ti.

Carlos se enfadó y entristeció a la vez, y se fue a casa hecho un mar de lágrimas, pero decidido a que por la mañana diría a sus padres lo que sentía.

A la mañana siguiente se levantó y, muy decidido pero nervioso a la vez, bajó a la cocina y le dijo a sus padres todo lo que sentía, lo que hacía todas las noches y su amor por la gimnasia artística. Ellos, muy tranquilos, le dijeron que ya lo sabían y que sentían mucho haberle presionado de esa manera.

Esa misma tarde le llevaron al club de gimnasia de Palencia, le inscribieron y gracias a esto, ahora Carlos es el campeón de España de gimnasia artística en su categoría.

Esta historia es un claro ejemplo de que hay que ser valientes, expresar lo que sentimos y hacer lo que más nos guste en la vida, sin complacer a los demás, solo a nosotros mismo.

Julia Rodríguez Ruíz

Colegio Sto Domingo de Guzmán (Palencia)

2º ESO

Sentimientos submarinos

1982. Texas. Aria Caley Gunea, una mujer de unos 23 años, atenta, ágil y de pocas palabras, pero con una cosa en mente, cumplir el sueño de su abuelo fallecido: ganar la competición de pesca submarina.

Ella se había apuntado hace unos meses a este certamen. Todos los lunes y viernes va a un barco, vestida con unas aletas amarillas, unos guantes negros, un traje de buceo y unas gafas. Todo esto lo acompaña con una linterna en la mano izquierda y un arpón en la derecha. A la media hora de navegar, se sitúan ella y su grupo en el centro del mar, donde se disponen a saltar al agua, a cazar las criaturas que se ocultan de los chapoteos y de la luz de los farolillos.

Esta semana, Aria se está entrenando todos los días. Es una excepción, pero lo necesita para poder ganar. Queda un período de cuatro días para el combate. El tiempo pasa velozmente, cada vez queda menos, tres días, dos, uno. Cuando al fin quedan tres horas, ella va a los vestuarios a cambiarse, está ilusionada, desea con anhelo ganar. Se acomodó las gafas y salió, preparada para dar lo mejor de sí misma.

Los jurados cogen el micrófono y comienzan a explicar las reglas. Aparece una barca para recoger a los participantes, una vez para, se suben todos. A los 30 minutos la barca se detiene, hace una cuenta regresiva: tres, dos, uno... ¡Ya! Todo el mundo salta y se dispersa por diferentes zonas.

Aria intenta hacer el mínimo estruendo para no espantar a ningún animal. Ve a su primera presa, un bacalao. Coge el arpón fuertemente y dispara. Sube a la superficie y lo deja en la barca. Procede a ir a una zona diferente, no hay nada, de repente, por su cuerpo recorre un gran escalofrío, se le huela la sangre, pero sigue. Repentinamente ve una sombra, es un tiburón martillo. Al verlo tiene la necesidad de cazarlo porque sumaría muchos puntos, al tener la mayor dificultad para ser encontrado.

Cuando coge el arpón, se dispone a disparar, pero no puede. Su empatía llega ese punto. Pensando en qué hacer, suenan las campanas de aviso, quedan veinte minutos. Ella se reniega para hacerlo, solo piensa en su abuelo, ¿de verdad quería ganar?

No pudo, se entristeció, pero rápidamente ve un líquido rojo acercándose a ella. Era la sangre del tiburón, alguien lo había cazado. De sopetón, suenan las campanas, el juego ha terminado. Después llega el momento para contar los puntos. Ha quedado segunda, pero sube una persona al escenario que lo vio todo: la avaricia o la empatía, y no dudó en cual elegir. Se niega a que le den el premio al que según los jueces ha quedado “primero”. Ellos al escuchar eso se quedan indecisos.

Se disponen a hablar del tema durante un buen rato. Aria con nervios e inquietud, se levanta de un salto al ver que se han decidido. Los jurados cogen el trofeo valientemente y se lo dan a ella. Aria, feliz de eso, felicita a todos los participantes por su esfuerzo, Todos la abrazan, pero siente el calor de su abuelo sobresaltando. Era algo que ni siquiera todo el pueblo pudo hacerla sentir.

Lucía San José Ruíz

Colegio Santa Clara de Asís (Palencia)

1º ESO

Las alas del baile

En el momento en el que crucé la puerta del gimnasio, un silencio invadió todo el espacio. El director me acompañaba y todos mis compañeros me miraban con entusiasmo. Para mí, era una situación incómoda, debido a que nunca era fácil hacer amigos en un sitio nuevo, sin saber nada de ellos. Sin conocer el instituto. Bueno Zoe, eso no va a ocurrir.

-Esta es Zoe, vuestra nueva compañera, dijo el director.

Uno a uno, se fueron presentando y diciendo qué deporte practicaban. Algunos hacían fútbol y baloncesto, otros tenis, golf... Llegó mi turno:

-Hola, soy Zoe y bailo.

Una enorme carcajada sonó en la clase, yo no lo entendía y por ello pregunté por qué lo hacían. Contestaron con frases como: “El baile no es un deporte”, “bailar no sirve para nada”, “eso lo puede hacer cualquiera”.

Esas palabras resuenan en mi cabeza desde hace días. No querían conocer mi deporte, ni saber qué sensaciones me transmitía, ni desde cuándo lo practicaba. ¡No querían saber nada! Pero a vosotros, sí os lo contaré.

Empecé a bailar cuando era pequeñita y el nivel fue incrementando. En sexto de primaria me apunté a una academia de baile en la modalidad de danza contemporánea y ahí descubrí lo que era bailar. Una sensación de paz que te encuentra allí donde estés, que rompe con todo y consigue lo que se propone, que lucha hasta el final y deja huella en el espectador que lo quiere observar, que te permite expresarte libremente rompiendo los barrotes que nos impone la sociedad, las alas que te sacan de cualquier situación.

También implica esfuerzo, cinco horas semanales, horas extras, pruebas de vestuario, mucha práctica, trabajo duro y no tirar la toalla por más que se te pase la idea por la cabeza.

Porque la danza merece la pena, por más que la gente se dedique a menospreciarla. Porque es un deporte que lo tiene todo, sufriendo, esfuerzo, expresión, libertad, sentimientos, arte y recompensas. Bailar es como un muro con muchos tipos de ladrillos: coordinación, ritmo,

amistad, espectáculo, actitud... Donde hay baile, siempre hay una historia.

¿Por qué se reían de la danza y yo no lo hacía de ellos? El deporte es vida y bailar también. El baile es para todos.

Esta es para todos los que se han reído de Zoe y la danza. Para que se den cuenta de que bailar te hace sentir libre y transmite todo aquello imposible de describir. La danza es un deporte, porque usando todo el esfuerzo y sacrificio de los bailarines, se crea una coreografía inimaginable. Todos los deportes deberían tener alma, expresión y valores.

Después de esto, Zoe se hizo un hueco en la clase y todos sus compañeros la adoraban. La carta funcionó, porque en todos los deportes hay baile, es el deporte que está en todos los sitios. Todas las personas representamos el deporte que hacemos y nunca debemos dejar que lo menosprecien.

¡La danza luchará como Zoe, para ser reconocida cómo deporte por todos!

Amara Sardón Manjarrés

IES Victorio Macho (Palencia)

2º ESO

CATEGORÍA

“C”



3º y 4º
de E.S.O.

“No hay obstáculos
imposibles,
solo ha voluntades
fuertes y débiles”

Deporte y literatura, dos ámbitos diferentes, pero que se necesitan como podemos observar con diversas actividades que exaltan la relación entre inteligencia y deporte y promueven el equilibrio entre la mente y el cuerpo.

En Julio Verne, encontramos otro ejemplo de lo unidos que están deporte y literatura. En Vigo encontramos un monumento a su figura muy próximo al Real Club Náutico y es que siempre fue un apasionado de las regatas y velas, como se puede apreciar en sus obras.



Un sendero hacia la felicidad

Recuerdo ese día como si hubiera sido ayer, el día en que tuve que mudarme a otra ciudad por el nuevo trabajo de mi padre. Eran las nueve de la mañana cuando nos fuimos de la casa en la que estaba viviendo desde que yo tenía memoria. Me había quedado dormido durante el viaje, hasta que escuché una voz que pronunciaba mi nombre y me decía: “Despierta Iván”.

Era mi madre, que me había despertado, porque casi habíamos llegado a donde iba a vivir a partir de ahora. Cuando miré por la ventana, pude ver las primeras cosas de la ciudad y, a lo lejos, las montañas que empezaban a cubrirse de nieve.

Hoy era el primer día de clase. Al presentarme a mis nuevos compañeros no he podido evitar ponerme un poco nervioso, pero al final todos han sido bastante amables conmigo. Cuando llegué a casa, mis padres me estaban esperando.

-Hola hijo, dijo mi padre. Tu madre y yo tenemos una sorpresa para ti, ven al garaje.

Cuando bajamos al garaje, no podía creer lo que estaba viendo ¡me habían regalado una bicicleta!

-Ahora podrás ir al instituto como siempre te hubiera gustado, exclamó mi madre, que sabía que me gustaba mucho montar en bici y en la nueva ciudad podría usarla para ir a todas partes.

Al día siguiente, fui al instituto con mi nueva bicicleta, y cuando llegué, la dejé atada a una farola. En clase, se me acercó un chico.

-Hola, Iván, ¿verdad?, me preguntó.

-Sí, le respondí.

-Yo me llamo Marco, dijo presentándose. Antes te he visto con una bicicleta, está bastante guapa.

-Gracias, le contesté.

Cuando salimos de clase, seguimos hablando durante el camino a casa.

-Oye Iván, me dijo, ¿quieres quedar el sábado?, te quiero presentar a unos amigos.

-Vale, le respondí. Nos despedimos y cada uno se fue a su casa. El sábado, a las cinco y media de la tarde, recibí una llamada de Marco, que me estaba esperando. Le dije que me esperara frente a la puerta



del garaje. Cuando salí, vi que él también llevaba bicicleta y me dijo que cogiera la mía. Cuando la saqué, me dijo que le siguiera. Estuvimos yendo por el carril bici hasta que me hizo una señal para girar a la derecha, que era el camino para ir a un lugar llamado “Monte el Viejo”.

Después de diez minutos de viaje, llegamos hasta una finca. En ese momento, Marco sacó su móvil para hacer una llamada. Y un minuto después, la puerta corrediza se empezó a abrir.

-Parece un truco del GTA, dije medio riéndome.

-¿A que sí?, a mi también me recuerda a eso. ¡Bueno, entremos!, exclamó Marco.

Al entrar en la finca, pude ver a mi derecha un container, en el que había dentro algunas ruedas de bicicleta junto con algunos otros repuestos.

-Iván, ven, sígueme, me indicó.

Me llevó hasta una cabaña, y cuando entramos, vi a varios chicos, que estaban sentados en dos grandes sofás mientras hablaban.

- Oye tío, ¿este es el nuevo miembro?, preguntó una de las chicas.

- Sí, es él, le respondió Marco. Entonces, se giró hacia mí y me dijo. Bueno Iván, estos son los colegas con los que hago MTB, te les presentaré.

En total eran seis amigos, Álvaro, Darío, Adrián, Hugo, Egoitz y David. Todos me cayeron bastante bien la verdad.

El lunes, cuando estaba sacando la bici para ir al colegio, vi a alguien que se estaba acercando hacia mí.

- Hola tío, me dijo. Era Marco, que me había visto sacar la bici y decidió acercarse. ¿Quieres que vayamos juntos hasta el colegio?

- Ok, le contesté.

Nos preparamos y nos fuimos para allá. Más tarde, al salir de clase, Marco se me acercó para contarme algo.

-Oye Iván, ¿te gustaría ir a hacer una ruta en bici con mis amigos este fin de semana? Mañana nos reuniremos para planificarlo todo.

- Vale, ¿a qué hora?, le pregunté.

- A las 4 de la tarde, me respondió.

- Ok, pues nos vemos mañana.



Nos despedimos y fuimos a por nuestras bicicletas para irnos a nuestras casas. Estaba bastante emocionado, ya que era algo que no solía hacer cuando vivía en mi otra ciudad. Además, hacerlo con más gente lo hacía más especial, así que, fui a contárselo a mis padres, y a ellos les pareció bastante bien.

Al día siguiente, a la hora acordada, llamé por teléfono a Marco.

- Marco, ya voy para allá, le dije.

- Vale, estamos en el banco enfrente de la entrada del museo, me respondió.

- Venga, hasta ahora, le dije.

Saqué mi bici del garaje y me fui hacia allí. Cuando llegué, saludé a Marco y sus amigos. Entonces, sacó su móvil para enseñarme la ruta. Una vez estuvimos todos preparados nos subimos en nuestras bicicletas y empezamos la ruta.

Para ir al monte, fuimos por el camino que estaba a la derecha del río, para después llegar al puente que teníamos que cruzar para tomar el camino que estaba al otro lado, el cual llegaba directamente hasta el carril bici. La primera parada fue la Casa Grande, donde había unas casetas en las que estuvimos jugando al fútbol. Luego fuimos hasta el Refugio, donde nos sentamos en una mesa para merendar lo que habíamos traído de casa. Después, fuimos hasta el parque de los Ciervos, donde les estuvimos dando de comer el pan que nos había sobrado de la merienda. Cuando ya estaba oscureciendo, llegamos hasta la última parada, la Casa Pequeña, donde había un mirador en el que se podía ver toda la ciudad. Me encantó verlo de noche. Para finalizar la ruta, fuimos a cenar, y mientras estábamos cenando, hablábamos sobre qué nos había parecido la ruta. La verdad es que yo no me lo había pasado tan bien antes.

Desde que conocí a Marco y a sus amigos, siento que pasar el rato con personas que tienen tus mismos gustos en algo, que siempre te va hacer feliz.

Pablo Enríquez Pardo

Colegio Don Bosco (Villamuriel de Cerrato)

4º ESO



Seis jugadores en la cancha

A los postres, parecía que un tifón hubiera arrasado la mesa que con todo esmero había preparado mi madre para celebrar mi cumpleaños. Sobre el mantel de las grandes ocasiones, tapando parcialmente una mancha de salsa entre platos con restos de tarta, algún hueso de aceituna despistado, copas a medio apurar y trozos de papel de envolver los regalos que había abierto, descansaba el último presente cuyo contenido me quedaba por desvelar.

No tenía la menor idea de con qué iban a sorprendernos mis abuelos, pues se trataba de un sobre de tamaño normal, blanco, en el que Nano había escrito mi nombre con un boli azul al que se notaba que le quedaba poca tinta.

Reconozco que me quedé un tanto decepcionado. No era posible que allí dentro hubiera un videojuego ni unas zapatillas de deporte, ni la ansiada camiseta del Real Madrid.

Intrigado, y apremiado por mi familia, abrí el sobre con solemnidad, para que los abuelos no notaran mi desilusión. Sin embargo, cuando extraje su contenido, no tuve que fingir. Nada me hubiera podido emocionar más. Ningún otro regalo hubiera sido mejor.

En el interior del sobre había un pequeño papel en el que se podía leer: “Vale por dos abonos para ver el Zunder Palencia la próxima temporada en la...!”

Ahí ya sí se había acabado la tinta del boli, y apenas se marcaban las siglas “ACB”.

¡Sí! El equipo de baloncesto de la ciudad había ascendido de categoría, y todo parecía indicar que el pabellón municipal iba a quedarse pequeño para albergar a todos los palentinos que queríamos ser testigos del acontecimiento. Lo que no podía imaginar en ese momento era hasta qué punto nadie estaba dispuesto a perderselo. Lo supe un par de semanas después, en plenas fiestas de San Antolín, cuando se había programado el comienzo de la venta de abonos.

Yo ya había acordado con mamá, que era quien iba a acompañarme a los partidos, que teníamos que madrugar bastante para hacernos con los ansiados carnets de socio. El “bastante” se convirtió en “mucho”

cuando el día antes de iniciarse la venta se hizo público por las redes sociales que un pequeño grupo de aficionados había acampado a las puertas del pabellón, dispuestos a pasar allí la noche, y tener así la garantía de hacerse con las entradas. Y el “mucho” pasó a ser un “casi que no merece la pena porque va a ser imposible” cuando durante la cena supimos que el número de seguidores que se estaban dando cita en “el Marta” aumentaba de manera considerable.

Perdida ya toda la esperanza, y en mitad de un concierto en el parque del salón, un mensaje de Nano lo cambió todo.

Con absoluto asombro y toneladas de orgullo por esos dos sexagenarios de salud delicada que tenía por abuelos, supimos que, ni cortos ni perezosos, se habían presentado en el lugar de la que se había convertido en la noticia del día, dispuestos a guardar cola pacientemente para asegurarse que su nieto iba a recibir su regalo.

Tras un tira y afloja, se decidió que se quedarían un rato, hasta que fuéramos a darles el relevo mamá y yo. Y ahí comenzó la aventura...

La noche, muy al contrario de las anteriores, no quiso aliarse con la afición palentina, y era más que fresca, fría. Llegamos de madrugada a las inmediaciones de un pabellón envuelto por una luz amarillenta que desdibujaba el pliegue multicolor de sillas, mesas de camping, mantas, abrigos... Algunos apuraban los restos de pizzas y hamburguesas que habían sido el menú de una cena improvisada y al raso; otros, jugaban a las cartas entre susurros para no despertar a los que ya habían cogido el sueño, o lo intentaban, protegidos por sacos de dormir o gruesos anoraks en pleno agosto. Familiares y amigos iban y venían con cachivaches varios que pudieran ser necesarios.

A mis abuelos los encontramos descansando en el coche. Los compañeros de fila habían tenido el generoso gesto de guardarles su sitio y permitir que estuvieran más cómodos. Pronto vimos que la solidaridad entre todos era la tónica general para afrontar las largas horas de la noche, hasta la apertura de las oficinas. Compartimos termos de café caliente, ropa de abrigo, hamacas y conversación. Sobre todo, conversación. Y es que la mayoría, que estábamos desvelados, nos dedicamos, en esa noche atípica, a soñar despiertos con una temporada brillante de nuestro equipo en la ACB. No faltaban los que decían ser más realistas, y afirmaban conformarse con mantener la categoría.

Pero, ¡qué caramba! Palencia ya estaba viviendo un sueño que no nos iba a quitar nadie, y del que no queríamos despertar. Así, entre charlas, cabezadas intermitentes y paseos para estirar las piernas, pasaron las horas mientras estrechamos lazos de amistad morados, como la camiseta de nuestro equipo.

El amanecer llegó acompañado de chocolate con churros, y el movimiento de una fila que había ido creciendo y que se desperezaba poco a poco. También empezaron a aparecer curiosos, unos, divertidos por el espectáculo, y otros, críticos ante semejante manifestación de entusiasmo por un equipo de baloncesto. Y periodistas, que no podían dejar de informar a toda España del fervor de la afición palentina. La primera canasta de la temporada ya la habíamos encestado nosotros.

La siguiente, el propio equipo. Y es que cuando ya iban quedando minutos para que comenzaran a vender las entradas, se había levantado el campamento y el cansancio hacía mella, una ilusión renovada se extendió entre todos los integrantes de una cola ya larguísima. Nadie lo esperaba ni lo podía creer, pero allí estaban Manu, Van der Vuurst, Brandon Brown, Ndiaye, Haarms, Leissner, Kamba.... y nuestro flamante capitán Chumi Ortega, repartiendo sonrisas, saludando uno a uno a todos los que allí habíamos pasado la noche, y agradeciendo el apoyo. ¡Triple!

Con este sencillo gesto, equipo y afición supimos que formábamos un solo cuerpo; que el trabajo de la temporada estaba en la cancha para los jugadores y en la grada para los aficionados, y no teníamos sentidos los unos sin los otros.

Entendí entonces que era importante que compartiéramos, por tanto, unos mismos valores; ésos que hacen que la práctica del deporte nos haga mejores personas, como el valor del sacrificio, que todo deportista conoce y no rehúye y que nosotros habíamos puesto en práctica esa misma noche, a la intemperie, para conseguir las entradas. Y lo seguiríamos haciendo en todos los desplazamientos que pudiéramos, y en cada partido, animando sin descanso al Zunder Palencia.

O el valor del compañerismo, imprescindible en todo deporte de equipo; manifestado en ese choque de manos que tantas veces hacen los baloncestistas y que también habían hecho con nosotros. Una complicidad y camaradería a los que habíamos mostrado estar dispuestos los aficionados con las numerosas muestras de generosidad y apoyo durante

esa noche, entre personas de todas las edades, género o condición. Tan distintos y ya unidos por el sentimiento palentino.

O el valor de la humildad. Porque sí, habíamos ascendido a la máxima categoría e íbamos a ver a nuestro equipo medirse ante los mejores, pero a nadie se le escapaba que no sería fácil y que, a pesar de darlo todo, a veces tocaría perder. Y qué importante saber hacerlo bien, con deportividad y sin dejar de alentar nunca al equipo, aún menos en estos casos, que es cuando más lo necesitaría. Pero, tan importante como saber perder es saber ganar sin humillar al rival y a su afición, y en ese propósito tendríamos mucho que aportar la hinchada palentina.

La cola avanzaba. Sonrisas de satisfacción entre los que ya iban saliendo con el particular trofeo por el que todos habíamos sacrificado horas de sueño y calor. Últimos saludos a los amigos recientes, que rompían filas con promesas de verse en los partidos. Y por fin, el regalo de cumpleaños de mis abuelos estaba en mis manos.

Un mes después...

El gran día había llegado. El Zunder Palencia debutaba en casa, nada más y nada menos que ante el Barça, que llegaba con el mérito de ser el vigente campeón de la liga. La emoción se palpaba en el ambiente de la capital desde hacía días y una marea morada se había apoderado de las calles para hacer llegar su aliento a los jugadores de Marco Justo y también para dar la bienvenida al rival y a sus seguidores. Palencia es una ciudad que acoge, y se lo íbamos a demostrar a todos los equipos. El pabellón, listo y renovado para la ocasión; los jugadores, calentando; el cuerpo técnico, trabajando en jugadas y estrategias; la prensa, ocupando sus puestos, las cheerleaders, ultimando su vistoso vestuario, pero... ¿qué sería todo sin la afición?

Envueltos en bufandas moradas y entonando cánticos con los que elevar la confianza de los nuestros, accedimos al recinto, más caldera de Castilla que nunca, dispuestos a mostrar la mejor versión de este pueblo valiente y honrado, creyente y sufrido.

Con el pitido inicial del árbitro, que no había reparado en que los locales jugaban con seis en la cancha, dio comienzo el sueño.

Rodrigo González Ramos
Colegio Santa Clara de Asís (Palencia)
3º ESO



Doña Margarita

Nada más reconstruirse el monasterio Santa María la Real, se decidió convertirlo en un instituto para dar vida al edificio que los premonstratenses habitaron tantos siglos. Y con la gran aportación de la fundación “Amigos del Monasterio” abrió sus puertas como centro educativo en 1984, acogiendo a alumnos de toda la provincia.

Por aquellos lares, en aquella situación, se contrató a Doña Margarita Álvarez para instruir una asignatura que quizás te suene, “Valores Cívicos y Éticos”. La programación vigente por aquel entonces no era de su agrado, y decidió educar a sus alumnos en algo que ella creía importante para el día a día, “Derechos Humanos”.

“Aunque parece algo natural que damos por hecho - decía ella - es algo desconocido para la mayoría”

- Vamos, Encarna, ¿qué crees que es?
- Señora, no lo sé.
- Inténtalo, ¿qué te viene a la mente?
- Pues... son... los derechos que tienen los humanos, ¿verdad?

¡Que desesperación! Margarita pasó un par de semanas repitiendo lo mismo y aunque intentaba mantener el interés de los más listos, estaba arrastrando al resto, y eso no podía ser.

Cuando llegó a casa un martes de otoño, no podía dejar de pensar en su clase. Al principio, este pensamiento invocaba la frustración, pero cuanto más reflexionaba, más confusión se creaba en esa cabeza escéptica. Ella creía que algo como la Declaración Universal de los Derechos Humanos se estudiaría en un solo trimestre, que con pedir definiciones coherentes y un cuaderno completo con todas las reflexiones propias sería suficiente. Además, la clase con la que contaba no era de ayuda. No tenían ningún interés por el tema y no hacían más que hablar entre ellos. “Error de novata”, y se lamentaba.

Ese mismo jueves estaba disfrutando de un buen almuerzo en aquel claustro, por donde todavía pasaban los obreros y voluntarios que reconstruían el edificio, cuando su compañera, profesora de educación física, se unió a ella:

- ¡Hombre, Sol! ¿Qué tal estás?
- Muy bien, acabo de tener una clase con tu curso, ¡qué maravilla!



Debes estar muy orgullosa de su participación y esfuerzo.

- Y tú, ¿qué les das de comer? Conmigo, ni participan ni se esfuerzan. El martes me estaba comiendo la cabeza por ello.

- Qué raro. A mí me tienen encantada, todos hacen deporte y tienen ganas de aprender más. Como tú das filosofía, voy a hacer memoria de una frase de algún filósofo que leí hace años... Emm... ¡Ah, sí! “Con una perspectiva nueva, se ve un ángulo nuevo”.

Sol hizo el amago de seguir hablando, pero recordó que tenía una reunión y, al salir, no se tropezó de milagro. Margarita, en cambio, se frustró aún más, cuestionando su habilidad como profesora.

Ese mismo día tenía clase con ellos, y empezó como siempre:

- ¡Ey, Aurelio! ¡Pásame la goma!

- ¿Te lo puedes creer? Además, luego me dijo que...

- ¡Rafa! ¿Había tema de mate?

- ¡Silencio!, gritó Margarita, Aurelio, ¿qué deporte haces?

- ¿Y? Baloncesto

- Vale, preguntémonos; ¿te parecería justo si el árbitro no pitase falta por dobles a un jugador del otro equipo?

- No, señorita, contesto Aurelio. Las reglas tienen que ser aplicadas a mí de la misma manera que se aplican a los demás.

- ¿Y a qué te suena eso?

- ¡Es verdad! ¡Al artículo 6!

Margarita había buscado otra perspectiva y había encontrado otro ángulo. Y así, continuaron preguntándose cosas.

Muy pronto, Encarna se dio cuenta que nadie tenía derecho a obligarla a competir o de expulsarla de una competición sin razón válida, al igual que el artículo nueve que decía que nadie tiene derecho a enviarla a la cárcel o a mantenerla en ella sin razón válida. Entonces, Encarna entendió que la declaración no eran simplemente palabras en papel mojado.

A Rafa se le escapó decir que, cambiar a su compañero Alejandro de equipo de fútbol sala porque una madre decía que era malo, era una violación del artículo quince.

Incluso Alejandro empezó a utilizar el artículo cinco (nadie tiene derecho

a torturarlo) como una broma en clase de atletismo.

Noive, que jugaba a balonmano, recalcó el artículo veinte (no se puede obligar a nadie a pertenecer a un grupo) rememorando el momento en el que la madre de una amiga suya le obligó a unirse al equipo; y el artículo ocho (debes poder solicitar ayuda a los tribunales) cuando su compañera de equipo le dijo que vio a un contrario entrar en el área.

Y siguieron preguntándose, hasta que un buen día de invierno, en clase, los alumnos estaban estresados, lamentándose por un examen difícil que habían tenido la hora anterior. Como iban bastante bien de tiempo, Margarita dejó la hora libre, pero no del todo.

Los alumnos, más despreocupados, comenzaron a interrogarla. Sí, interrogarla, con toda clase de preguntas personales. Al final, la profesora decidió sacar el tema de aquel martes, que ahora parecía lejano, que le estaba comiendo la cabeza. Les explicó su decisión de enseñar derechos humanos en vez de ética o filosofía de Platón y Aristóteles, y cómo se sintió al ver cómo fallaba, por lo menos al inicio:

- Veréis, vosotros no poníais mucho de vuestra parte. Yo esperaba dejarlo dado rápido, y cuando me di cuenta de que en otras asignaturas participabais y en la mía no hacíais más que hablar de la tarea de matemáticas, la risa llenó la habitación, debo admitir que dudé de mi habilidad docente. En cambio, el deporte lo cambió todo. Espero que, aunque no sea hoy, algún día podáis entender mis penas y mis soluciones.

¡Ring....! El momento perfecto para el timbre, y aunque muchos salían felices de haber perdido clase, esa reflexión se quedó con Alberto hasta 1992, año clave en su línea del tiempo, ya que consiguió una medalla de plata en la modalidad de Tiro con Arco en las Olimpiadas que se disputaban ese año en Barcelona.

Habían pasado ya unos años desde que era el único alumno de su clase que no practicaba deporte, y recordaba gratamente la motivación de su profesora de valores para buscar algo diferente.

Al llegar a Palencia, después de unos años tan prósperos, fue recibido muy cálidamente, y cada vez que se despertaba, veía esa medalla que había recibido y que tanto esfuerzo llevaba detrás.

Casi una década después, en 2001, un instituto cercano, en Carrión de los Condes, le llamó buscando gente que hablase a sus sedentarios y desinteresados alumnos sobre el deporte. Alberto, lleno de felicidad, dijo que sí. Recordó la influencia que Doña Margarita tuvo en su carrera, y estaba deseando aportar su granito de arena.

- Muchas gracias, de verdad. No tienes ni idea lo que esto significa para nosotros.

- Puede que tenga una pequeña idea.

Compartieron unas risas mientras el profesor los acompañaba a las aulas, pero muy pronto esas risas se convirtieron en lo que posiblemente fuese la mayor sorpresa de su vida.

- ¡Doña Margarita! ¿Qué hace usted por aquí?, preguntó sorprendido Alberto.

- ¡Alberto, qué alegría! Pues ya lo ves, enseñar a clases como la vuestra.

- ¿Sigues hablando del deporte y de los derechos humanos? No te puedes imaginar que impacto más grande ha tenido en mi vida.

- Te lo agradezco, de verdad, pero con niños como éstos no se puede.

- ¡Qué pena! Sabrás tu bien cómo cambia la vida cuando conoces tus derechos.

- ¡Alberto, por aquí!

Volvió a la realidad cuando sonó el timbre y le siguió mostrando el camino a la clase donde daría su charla. Con los nervios corriendo por sus venas, notó que a casi ninguno de los alumnos que tenía delante le importaría nada de lo que dijese. Cuatro o cinco estaban a punto de dormirse, y otros dos, enviando mensajes en su nuevo móvil. Aun así, Alberto comenzó su charla recordando a su querida profesora de 1984. En ese momento, hizo “click” en su cabeza la confesión de Margarita. En vez de hablar de su carrera, cambió de opinión en el último segundo:

- ¿Sabéis, chicos? Yo también estuve en esos pupitres, y no era exactamente el mejor alumno. Veréis, la vida da muchas vueltas, y nunca sabéis en qué momento cambiarás de camino, qué persona te dará el empuje que necesitas, o qué hobby se convertirá en un oficio. Vosotros seguramente tendréis muchos caminos abiertos, muchas personas que conocer, y muchos hobbies que perfeccionar. Así que, si os quedáis con algo en esta charla que algunos veréis como una pérdida de clase, que sea esto. Espero que, aunque no sea hoy, algún día os deis cuenta de todo lo que os espera.



Terminó su charla dudando de sí mismo, pero con la seguridad de que alguno de esos niños se convertiría también en un atleta, escritor, músico o profesor.

En lo que a Alberto respecta, sentía que su propia trayectoria había llegado a su fin cerrando el círculo. Y sabía que si se sentía así, había sido por una profesora que dudó y les dio una oportunidad.

Y ahora, él mismo se sentía como otro eslabón en la cadena de transmisión de esos conocimientos.

Todo por Doña Margarita.

Lucía Guerrero Alonso

IES Santa María la Real (Aguilar de Campoo)
3º ESO

El poder del deporte

“Última hora, Putin acaba de dar luz verde al ataque a Ucrania. Se recomienda que no salgan de sus casas”. Esto es lo que Alisa escuchó mientras hacía los deberes. Su madre estaba aterrorizada viendo esa noticia en la tele. Alisa corre al salón para ver que estaba pasando. Su madre, entre lloros, le cuenta que los rusos están atacando su ciudad. La madre le dice que tienen que salir del país cuanto antes. Por la tarde, el padre de Alisa llega a casa y les dice que tiene tres boletos para salir del país mañana a las nueve y media de la mañana.

Se va haciendo de noche y nadie puede dormir entre el ruido de las bombas y el terror sobre lo que está pasando. Después de muchos lloros, hacen la maleta y se van a la estación de autobuses, porque dentro de poco saldrá el bus que los llevará hasta Cracovia. Ya en el autobús, más relajados y pensando que van a salir del país, se encuentran con un coche del ejército ucraniano y les dicen que todos los hombres mayores de 18 años tienen que ir a la guerra.

Alisa, rompe a llorar abrazando a su padre mientras se despiden, pensando que no se iban a ver más. Todos los hombres al fin se bajan y el autobús sigue su camino.

Están casi en la frontera, pero antes de pasarla paran en una gasolinera porque el autobús ya no tenía gasolina. La madre de Alisa se baja a comprar algo de comer. Coge dos bocadillos y dos botellas de agua, pero al ir a pagarlas, de repente una bomba cae en la gasolinera, produciendo una gran explosión. Alisa salió corriendo del bus para buscar a su madre, pero no la encontraba y pidió ayuda. Finalmente, la encontró una niña pequeña, la encontró muerta bajo los escombros. Alisa corrió hasta donde estaba su madre y empezó a llorar como nunca lo había hecho.

Se montaron de nuevo en el bus, pero ya faltaban muchas personas, que habían acabado muertas en la guerra.

Ya estaban en la frontera, y Alisa tenía miedo de lo que iba hacer ahora, ella sola en otro país y, además, muy triste. Al cruzar, Alisa se encuentra con una chica del ejército y empiezan a hablar. La chica le dice que vaya a una ONG para que la lleven a otro país y la traten mejor.

Alisa va a hablar con uno de los jefes de la ONG para ver si podrían llevarla a algún sitio, y el señor le dijo que sí, que cogiese su maleta porque salía un autobús dirección a España, a un centro de acogida de Castilla y León.

Al llegar a España, estuvo allí unos días, hasta que llegó una familia palentina queriendo adoptar a la niña ucraniana. La familia palentina se encuentra con Alisa y se presentan:

- Nosotros somos una familia de Palencia, una ciudad pequeña y tranquila para vivir a gusto, queremos que te vengas con nosotros para cuidarte y darte todo el apoyo que necesitas, yo me llamo Sara, mi marido es Nico y mi hijo se llama David.

Alisa aceptó y se fue, ya que quería estar un poco sola y tener su propio espacio.

Van a Palencia y Alisa conoce a David y la que ahora sería su casa. A la semana siguiente, Alisa empieza el colegio. No tiene muchas ganas, pero cree que le ayudará a dejar de pensar un poco en su familia y amigos que ha dejado en Ucrania.

El primer día de colegio, Alisa va con David a clase, se han hecho muy amigos. Según llegan a clase, Alisa se sienta con David y éste la presenta a sus amigos, pero Alisa está muy tímida por los traumas que tiene. Acaba el colegio y se van a casa a comer y hacer deberes. Después, Alisa se tumba en el sofá y se pone a ver noticias de la guerra de Ucrania y Rusia, lo que hace que se ponga muy triste, hasta que llega David para animarla un poco y la dice si quiere ir a casa de un amigo suyo. Alisa acepta, así podrá conocer a gente nueva.

Llegan a una casa muy grande y les abre la puerta un niño alto, moreno, con pelo rizado, muy guapo y musculado. Alisa queda impactada, David le presenta a Víctor. Van al jardín y empiezan a jugar al fútbol, Alisa nunca había jugado. Más tarde, se despidieron y se fueron a casa a cenar, ver un poco la tele y a dormir.

Al día siguiente, Alisa le dijo a David que ayer jugando al fútbol se lo pasó muy bien, ya que los dos eran muy graciosos y a ella la estaba empezando a gustar el fútbol. Le preguntó a David si esta tarde iba a ir a casa de Víctor a jugar a fútbol. David le dijo que no podía, porque tenía que entrenar y no se podía perder ese entrenamiento.

Después de comer y acabar los deberes, Alisa encontró un balón de fútbol y empezó a jugar con él. A ella le gustaba, así que se la pasó el tiempo volando y ya era hora de cenar. Después de cenar, Alisa convenció a David para jugar al fútbol y estuvieron otro rato jugando.

Alisa se empezó a interesar mucho por el fútbol, pero ella seguía muy triste por la guerra. Sara le dice a Alisa que la madre de un amigo de David ha creado un equipo de chicas para jugar al fútbol. Alisa dijo que sí muy contenta, y empezó a entrenar dos veces por semana.

Esto le permitiría hacer muchas amigas, superar sus traumas y empezar una vida nueva. En el primer entrenamiento todo fue muy raro, porque nadie conocía a nadie, pero después de varias semanas ya todo era diferente, todas eran amigas y Alisa ya estaba bastante contenta. Estaba superando su pasado poco a poco. Gracias al deporte, su vida cambió radicalmente.

Ya era Navidad, no había clase. David y Alisa volvieron a casa de Víctor, y esta vez no fueron a jugar a fútbol, sino que vieron una película de miedo. Alisa tenía mucho miedo y estaba continuamente abrazada a Víctor. Cuando se enteró David, les separa, pero ellos se vuelven a juntar y Víctor se va a hablar con su mejor amigo. Víctor le cuenta a David que desde el primer día que la vio sintió cosas. Víctor va al salón, se sienta de nuevo al lado de Alisa y la roba un beso. Alisa se enamora completamente, pero ya es hora de ir a cenar, por lo que se tienen que ir. Alisa mañana tiene un partido importante, ya que es la final y si ganan quedarían primeras de España y jugarían a nivel nacional. Alisa se va a la cama después de cenar pensando en qué iba a hacer con Víctor, pero antes de pensarlo se queda dormida y se levanta al día siguiente para ir al partido.

Según empieza el partido, Alisa ve a Víctor en la grada y se pone muy nerviosa, pero a ella no la importa, mete un gol y se lo dedica a su madre. Van ganando, pero antes de llegar al descanso el otro equipo mete gol. Alisa se enfada y mira a Víctor. Este le dice que se tranquilice, que seguro que mete otro gol y que van a ganar.

Faltan cinco minutos para que el partido acabe y sigue el empate, pero de repente le llega el balón a Alisa, que mete otro gol y se lo dedica a Víctor, yendo corriendo hacía él y dándole un beso. Poco después, el árbitro anuncia el fin del partido, por lo que Alisa y su equipo ganan.

Ahora jugarán a nivel nacional. Alisa se pone a llorar de alegría, pensando que ella no habría metido esos dos goles sin la ayuda de su madre.

Volviendo a casa, Alisa no sabe que tiene una sorpresa. Su padre está en casa. Cuando ella llega y ve a su padre, se pone a llorar de alegría otra vez, porque ella pensaba que no le volvería a ver. Al final, pueden volver a vivir juntos.

A día de hoy, Alisa sigue jugando al fútbol, sigue siendo igual de buena y lucha por los derechos de la mujer, para que el fútbol sea igual en hombres y mujeres.

Julia Hermoso Cantero

*Colegio Sto. Domingo de Guzmán (Palencia)
3º ESO*



*La Diputación tiene entre sus objetivos en las distintas actividades deportivas,
fomentar la igualdad y el respeto entre todos*

Hola, soy Lucio y os voy a contar mi historia. Ahora solo soy un jubilado más en una ciudad, en un país extranjero. Para entenderlo, nos tenemos que remontar unos ochenta años atrás y 2.500 kilómetros más al norte.

Meses atrás, Alemania, al mando de Hitler, había invadido Polonia. Francia y Gran Bretaña le habían declarado la guerra. El miedo se podía notar en muchas ciudades europeas. Mis padres y yo éramos alemanes y judíos. Nuestra vida había cambiado durante estos últimos meses. Echaron a mi padre del trabajo y teníamos que llevar una estrella amarilla para que nos identificasen como judíos.

Al final, mis padres decidieron mudarse a Ámsterdam. Sin embargo, cuando Hitler invadió Holanda en 1940, decretó el exterminio total de todos los judíos. Por aquel entonces yo era pequeño y no sabía muy bien lo que estaba pasando. Los soldados habían empezado a entrar en casas de judíos, no sabía a dónde los llevaban, pero sospechaba que no era nada bueno.

Cumplí once años escuchando a mi vecina chillar antes de que la matasen a sangre fría. Todo fue ocurriendo hasta que un día llamaron a la puerta de mi casa. Mi padre fue a abrir la puerta mientras mi madre me arrastraba a mi habitación y me decía que todo iba a salir bien. Unos señores con un traje raro (llevaban un traje militar, pero yo no lo sabía) nos llevaron a mis padres y a mí a la calle. Caminamos durante bastante rato hasta que divisamos un tren. En ese momento empecé a tener miedo, veía a mucha gente llorando y gritando. Un señor empujó a mi madre y la dijo que se dirigiese al vagón 2. Mi madre me abrazó y me prometió que nos íbamos a volver a ver en unos meses. Esa fue la última vez que la vi.

Cuando cumplí doce años, ya llevábamos mi padre y yo casi un año en un campo de exterminio. Teníamos que soportar mucho sufrimiento todos los días. Teníamos una cama pequeña para tres personas, solo nos daban de comer tres cebollas al día y teníamos que hacer algunos trabajos dependiendo de nuestra edad. Yo, junto con otros niños, teníamos que andar 40 kilómetros todos los días para probar zapatos, que luego usaban los soldados.

Un día, estábamos dando vueltas haciendo nuestros kilómetros diarios, cuando mi amigo Daxen me dijo “Te echo una carrera hasta ese árbol”.

Al final, todos los días echábamos carreras entre nosotros. Era el modo de hacer un poco divertidos los 40 kilómetros.

Un día, cuando íbamos por la vuelta número diecisiete y todavía nos quedaban sesenta y tres más, mi amigo Friedrich, vio entre los matorrales una pelota y como niños que éramos, nos pusimos a jugar al fútbol. De repente, un soldado nos vio y se puso a gritarnos y a apuntarnos con la ametralladora. Nos dio mucho miedo y paramos inmediatamente. Se acercó a nosotros y, de uno en uno, nos llevó de las orejas al cuartel general.

Allí nos esperaba el capitán, que nos explicó -más bien nos gritó- que no podíamos hacer lo que quisiéramos y teníamos que seguir las normas que había, sino queríamos ser castigados.

Entonces, a mí se me ocurrió una gran idea, y como por aquel entonces no me daban miedo los soldados, tuve el valor de explicárselo. Les dije que, si nuestro propósito era hacer 40 kilómetros, porqué no hacíamos los primeros veinte andando normal y los veinte últimos hacíamos jugando al fútbol.

Al principio no les convencimos, pero después de mucho insistir, al final aceptaron, pero con una condición, que cada vez que sus jefes vinieran teníamos que parar y ponernos a andar normal, pues no querían que se enterasen.

No pude evitar pensar que esos hombres, aunque estuviesen cometiendo atrocidades, eran buenas personas con mujer e hijos que simplemente estaban siguiendo las órdenes de sus jefes, porque no les quedaba otra.

Eso es lo que estuvimos haciendo durante meses, andábamos y luego jugábamos al fútbol. Un día incluso nos encontramos una tiza e hicimos nuestro propio campo, y para diferenciar un equipo del otro, nos dibujamos rayas con el barro. Pasaba el tiempo y cada vez éramos mejores, aunque estuvimos jugando con un balón pinchado durante una buena temporada, porque se pinchó con los alambres.

Un día nuestro soldado favorito, el único que nos trataba bien, nos contó que en otro campo de concentración unos niños jugaban al fútbol también, y que el 25 de diciembre podríamos reunirnos para jugar un partido sin que se enterasen sus jefes.



Cuando salimos para la explanada donde habíamos quedado, nos acompañaban los soldados que nos habían dejado jugar al fútbol. Ellos les habían dicho a sus jefes que iban a hacer un intercambio de prisioneros para probar gente nueva. Cuando llegamos, vimos a niños exactamente como nosotros, bajos y delgados por no comer, sucios... pero, aun así, aparecieron sonrisas por primera vez en mucho tiempo.

Al terminar el partido, a unos soldados se les ocurrió que podíamos hablar con más soldados de confianza en diferentes campos para crear más equipos de fútbol y formar como una liga; la llamábamos la “Jüdische Lige”

A espaldas de Hitler y de muchos otros soldados, en sus campos de concentración, donde creían que tenían todo bajo control y que no pasaba nada sin que ellos se enterasen, muchos niños jugábamos al fútbol. Nosotros incluso hicimos unas porterías con los sacos de pólvora. Prácticamente quedábamos una vez al mes para jugar partidos entre todos, con la excusa de que había que salir para hacer un intercambio de armamento o alguna mentirijilla que se inventaban.

Así pasó el tiempo, y muchos meses y partidos después nos dieron la noticia de que muchos campos de concentración habían sido disueltos, debido a que la Unión Soviética, los británicos y americanos habían conseguido llegar a Alemania y poco a poco el tercer “reich” estaba llegando a su fin.

Unas semanas después, nuestro campo de concentración fue atacado por un grupo de soldados americanos que consiguieron liberarnos. Por aquel entonces, yo tenía trece años. Cuando salí de allí, yo estaba solo, hasta que me adoptó una familia en una remota ciudad de España, Palencia. Allí me apuntaron a un equipo de fútbol donde jugué muchos años hasta que el Real Madrid me fichó.

Ahora mismo estoy jubilado, descansando en mi casa, terminando de escribir este libro, confiando en que la gente que lo lea pueda aprender muchas cosas sobre esta triste época de la historia.

Alicia Lucas Martínez

Sto. Domingo de Guzmán (Palencia)

4º ESO

Era una tarde lluviosa y yo estaba en casa de mis abuelos maternos. Se desató una gran tormenta eléctrica y nos quedamos reunidos en casa comiendo unas castañas.

Mi abuelo Julián, tan fanático del fútbol, siempre quiso tener un varón, pero la vida le puso en su camino seis dulces y hermosas hijas: Ángeles, la mayor, Begoña, Ana Isabel, mi madre Vanesa, Mónica y Cristina, la menor de todas.

Él pertenecía al club de su villa, Guardo. Mi abuelo era uno de los más aficionados, ya que a todos los partidos le acompañaban su camiseta verde y la bandera de su pueblo. A final de año le dieron un trofeo por ser la persona que asistía a más partidos de fútbol. Junto a él, siempre, una de sus hijas, Ana Isabel.

A mi tía le gustaba el fútbol incluso más que a mi abuelo, pero nunca pudo conseguir su sueño por una cuestión de género. Mi abuela, al enterarse de que a Ana le gustaba mucho el fútbol, fue a hablar con Juan José, el concejal de deportes de Guardo. Juan José no le dio una respuesta muy válida a mi abuela. Le dijo que su hija, por ser precisamente una chica, no podía jugar al fútbol, que lo más cerca que podía estar de la pelota sería como la recogepeletas del equipo. Mi abuela, triste por la noticia del concejal de deportes, fue a comentárselo a su marido, Julián, y junto con su hija, se pusieron manos a la obra para fabricar una nueva equipación.

Después de tanto esfuerzo y sacrificio, llegó el día de la recompensa para Ana, fue el primer partido en el que ella ejercía de recogepeletas. La muchacha estaba muy ilusionada, y su padre desde la grada animándola como si fuera una más del equipo.

Desde la celebración de aquel partido, Ana siempre llegaba más tarde a casa de lo habitual. Después de varios partidos, un sábado cualquiera, su padre se quedó rezagado, espiando para ver qué hacía su hija tras el partido, deseando comprender la razón de la tardanza. Descubrió entonces que aquella niña entrenaba sola, se hacía sus propios ejercicios hasta bien entrada la noche, lloviese o nevase. Sin embargo, Ana jamás podría tocar un balón, ni estar en el campo tras cada partido.

A la mañana siguiente, una llamada lo cambiaría todo. Era una llamada del hospital Río Carrión de Palencia. A Julián le habían diagnosticado cáncer de pulmón. Lo que más le fastidiaba a su padre no era tener cáncer, sino no poder ir a ver y a disfrutar los partidos, porque el tratamiento le dejaba muy cansado. Ana sorprendió a su familia con su look, y es que la muchacha se solidarizó con su padre, rapándose el pelo.

Se acercaba el último partido de la temporada. Julián sacaba sus fuerzas para ir a ver el encuentro sin saber qué iba a suceder. Como en todos los partidos, Ana salió al campo con su nueva apariencia, pero nadie se percató de que era ella. Todo transcurría con normalidad hasta que un jugador del equipo se lesionó. La mala o buena suerte quiso que no hubiese otros jugadores para la sustitución de Sergio, el capitán del equipo. El entrenador cogió a Ana del brazo y, poniéndole el brazalete en el brazo, la animó a salir al campo, sin percatarse de que era quien era, una chica.

Eran los últimos cinco minutos y el marcador mostraba los goles marcados por cada equipo: 2-2. El partido seguía discurriendo con normalidad hasta el último minuto, cuando el balón llegó a los pies de Ana. Ella, nerviosa, miró a su padre, quien la hacía gestos para que lanzase el balón a la portería. Sin pensárselo dos veces, tiró a la portería y marcó gol. Todo el equipo fue a abrazar a Ana y a celebrar el tanto, pero la joven, al gritar de la alegría, evidenció no ser un niño más. Los componentes del equipo junto con Ana fueron al vestuario y empezaron a hacerle una serie de preguntas:

- ¿Y cómo eres así de buena?, no sabíamos que podías ser tan magnífica con el balón Ana, ¿pero tú no eras la recogepelotas del equipo?

Desde aquel momento, todos los componentes del equipo aprendieron una gran lección, que el sexo no es un impedimento para poder practicar un deporte. Al C.D. Guardo le concedieron un trofeo, y el entrenador sin pensárselo se lo entregó a Ana. Toda la familia de Ana se puso muy contenta al ver que había conseguido el sueño que deseaba tener. Todo eso fue lo que me contaron mis abuelos aquel día tan lluvioso. La conversación salió porque mi abuelo estaba viendo en la televisión un partido de fútbol del F.C. Barcelona contra el F.C. Real Madrid cuando, de repente, la televisión se quedó sin señal y no hubo otro entretenimiento, sino las historias y chascarrillos familiares.

Yo aprendí mucho. Además, estaba esperando con mucha ilusión a que llegase el 29 de marzo, momento en el que alcanzaría la mayoría de edad y podría crear en mi pueblo, un equipo de fútbol mixto.

En ese momento pensé en mi tía.

Hugo Lucio Pérez

IES Conde de Saldaña (Saldaña)

3º ESO

Gloria era una niña a la que siempre le habían encantado los deportes. Podía ser porque la ayudaban a calmar los nervios que siempre tenía, o por lo que le encantaba correr. El caso es que, cuando apenas empezó primaria, se enamoró perdidamente de un deporte en concreto, el fútbol. Todo empezó de la misma manera que empiezan otros niños, jugando en el patio de su escuela. Jugar a fútbol en los recreos se convirtió en algo tan especial para ella que a su corta edad no era capaz de describir con palabras. Además, era su lugar seguro, ya que en ese momento lo demás quedaba de lado y solo estaba el objetivo de marcar gol y pasarlo bien.

Al principio, cuando hacían equipos (que era tarea exclusiva de los mejores jugadores), ella siempre era de las últimas en ser elegida, pero nunca se desanimó.

Todas y cada una de las tardes que llegaba a su casa, corría al prado que se encontraba cerca, colocaba dos piedras a modo de portería y se pasaba desde su llegada hasta el anochecer practicando todo lo que podía hasta quedarse exhausta.

Con el tiempo fue mejorando hasta terminar siendo siempre la primera elección de sus compañeros, y finalmente ella se encargó de realizar los equipos.

Le encantaba practicar en todo momento. En numerosas ocasiones había jugado en pequeños torneos con su colegio, pero no era suficiente para ella, por lo que sus padres decidieron apuntarla a un equipo de verdad, que se encontraba a dos pueblos de la casa de Gloria, ya que no había ninguno más cerca.

El primer día fue con toda la ilusión del mundo a su primer entrenamiento y se podría decir que la fue bien, a excepción de la sorpresa que se llevó al darse cuenta que era la única chica, pero en ese momento aún no la importó. Pronto llegó el día, su primer partido, llegó eufórica al vestuario. En el reparto de números, escogió el número de su ídolo, el 7 de Griezmann. Estrenó sus primeras botas y salió al campo, aunque pronto se desanimó al ver que no comenzaba jugando. Sin queja alguna, se sentó en el banquillo y esperó impaciente a que el entrenador la reclamara, momento que llegó a los pocos minutos.

- ¿De qué te gustaría jugar?, le preguntó el míster.

Gloria no se lo pensó ni un momento, pues la encantaba regatear, chutar, y sobre todo marcar goles.

- Me encantaría jugar de delantera, respondió al instante. La cara del entrenador se torció.

-Uf, lo siento, tus compañeros son muy buenos delanteros y no les puedo sacar ahora, jugarás de defensa ¿vale?

La alegría de Gloria se esfumó, en su cabeza era incapaz de explicárselo. ¿Por qué sus compañeros podían y a ella no la dejaban intentarlo? ¿Era ella peor? No, ella era tan buena como los demás.

Y, ¿por qué no había más chicas? Esta pregunta la atormentó las tres temporadas siguientes, en la que apenas encontró rivales chicas. Gloria fue defensa sin excepciones, cosa que no le gustó, pero al menos jugaba. Durante estas temporadas los chicos fueron los que marcaron los goles y se llevaron todo el protagonismo. Sin embargo, no había tenido ninguna mala experiencia en cuanto a compañerismo. Se llevaba genial con todos y nunca la habían excluido, pero todo eso cambiaría pronto, con su paso al fútbol once.

Antes de eso, y antes de pasar al instituto y, por lo tanto, dejar atrás esos recreos jugando que tanto extrañaría, tuvo la oportunidad de jugar un torneo con un equipo femenino. Estaba ilusionada, ya que, como vivía en un pequeño pueblo perdido entre montañas, cerca del suyo no había equipos de chicas.

Pronto llegó el día y con todas las ganas del mundo, tras un largo viaje se encontró con sus compañeras. La experiencia fue inmejorable. Sus compañeras eran increíbles y lo pasó como nunca. Llegaron a la final invictas y con muchas ganas de vencer. A Gloria la dejaron ser delantera y demostró verdaderamente su valía, anotando quince goles en los ocho partidos jugados y repartiendo diez asistencias. Pero más allá de eso, jugó en equipo como nunca antes.

Comenzó la final, y Gloria sintió en su interior un nerviosismo mezclado con el recuerdo de algo muy familiar, cuando jugaba en el recreo, cuando a toda costa quería ganar y pasarlo bien, se sentía en su sitio.

Llegaron al minuto 70 empatadas. Era la última jugada y el equipo de Gloria se disponía a sacar un córner. El centro salió defectuoso y terminó en los pies de una rival, que corría a marcar a portería vacía ya que la portera había subido a rematar. Gloria corría con todas sus fuerzas a defender, pero desgraciadamente la rival la sacaba demasiada ventaja y acabó marcando.

Gloria perdió el torneo, pero no la importó porque fue su mejor experiencia. No la olvidaría jamás. Sin embargo, la tocaba volver a la realidad, con su equipo de chicos.

Debido a sus buenos resultados en el torneo, a su entrenador no le quedó más remedio que poner a Gloria de delantera, pero ¿qué pasó? Pues que seguían estando los chicos. Gloria lo dio todo por ganarles el puesto, pero este año era demasiado complicado. Los chicos no la pasaban el balón, se metían con ella, la excluían; algo había cambiado. Así, no podía demostrar su potencial y poco a poco se fue desmotivando y perdiendo la confianza en sí misma. “¿De verdad soy tan mala?” “¿Por qué ellos marcan goles y yo no?” “¿Por qué siempre estoy en el banquillo?”, “¿Qué les pasa este año?”.

Eran algunas de las recurrentes preguntas que se hacía Gloria llorando al volver de entrenar. Además, no se olvidaba del torneo con aquel equipo femenino, y lloraba de frustración.

“¿Por qué estoy tan lejos de ese equipo?”. Se decía a sí misma disgustada por la ausencia de equipos femeninos cerca suyo. Esta mala racha acabó pasados dos años, en los que Gloria no había disfrutado del fútbol.

Ella había aprendido a ser constante y a no desistir nunca, ya que, aunque sus compañeras sí, ella no faltó nunca a ningún entrenamiento, y aunque no sirviera para lograr su titularidad, se sintió orgullosa de su constancia y de su trabajo, que pronto darían sus frutos.

También aprendió la importancia del compañerismo, entendió la diferencia entre ser un equipo, y ser de un equipo, ya que la unión hace la fuerza, y con su equipo sin unión, no consiguieron ni un solo buen resultado.

Si os preguntáis que pasó luego con Gloria, cumplió los catorce y no pudo seguir con los chicos, por lo que, con gran esfuerzo físico y

económico de sus padres, fue a un equipo femenino que se encontraba a hora y media de su casa.

Y a pesar de lo duró que fue, sobre todo en invierno y los días de exámenes, su felicidad no tiene precio, ya que por fin encontró su lugar y demostró su valía.

Nunca dejes de soñar, ni luchar y trabajar por lo que te hace feliz.

Kiara Luis García
IES de Guardo (Guardo)
3º ESO



Los Torneos Provinciales llenan de deporte nuestros pueblos durante prácticamente todo el año.

La otra cara de la élite

- Y así es como quedé campeón de España de 1.500 m. en pista cubierta en 2015...

Aplausos, silbidos, caras de admiración...

De esta forma terminaba todas las charlas motivacionales, que la Diputación me animaba a realizar cada semana en distintos clubs de atletismo por toda Castilla y León. Y aunque debería sentirme orgulloso y agradecido de que cientos de personas valoraran mi carrera profesional, yo era incapaz.

Desde hacía cuatro años y cuarenta y cinco días (sí, llevaba la cuenta), nada conseguía hacerme ilusión. No estaba mal todo eso de darles la “chapa” a niños, predicando que lucharan y dieran todo de sí mismos para alcanzar la élite, pero ni siquiera sé si yo estaba seguro de lo predicaba. ¿Merecía la pena vivir por y para el deporte durante años, y que de repente un día tengas que parar, y todo desaparezca?

Todo esto pasaba por mi cabeza mientras recogía mis cosas de la sala de reuniones, cuando un niño de unos doce años se acercó a mí y dijo:

- ¡Hola Javier Molina!, soy Sergio. ¿Puedo hacerte una pregunta?

A lo que respondí:

- Hola Sergio, por favor, llámame Javi, y claro, ¿qué pasa?

-Vale Javi, la cosa es que me gustaría ser como tú y ganar todos esos premios, pero mi entrenador dice que todavía soy muy pequeño para saber lo que quiero, ¿podrías darme un consejo?, me pregunto él.

Aunque tenía prisa y no debería haberme enrollado, algo en ese chico me llamó la atención:

-Sergio, pero tú eres consciente de que detrás de esos trofeos hay muchísimas horas de sufrimiento y dedicación, ¿no?, le pregunté.

-Sí, sé lo duro que será, pero de verdad que quiero intentarlo, ¿tú estarías dispuesto a ayudarme?, me dijo con una madurez, que no había visto antes en un chico tan pequeño.

- ¿Ayudarte cómo? Aún es muy pronto para que pienses en todo esto, le dije sabiendo que no le iba a hacer cambiar de opinión.

-Quiero que me entrenes, te prometo que me lo tomaré muy en serio, y si ves que no puedo con ello, lo dejamos, pero es mi sueño y necesito probarlo, contestó como si de un adulto se tratase.



Su respuesta me dejó atónito, mi cabeza me decía que le diera largas, que no iba a llegar a nada, pero algo en mi interior me gritaba que aceptase su propuesta, que no iba a ser una pérdida de tiempo y casi sin pensarlo, le dije que sí.

Sergio me abrazó, me dio las gracias infinitas veces y yo le informé de que me pondría en contacto con él a través de su entrenador.

Al día siguiente, le envié una dirección para que viniese al parque de al lado de mi casa para el primer entrenamiento. Cuando llegó, le expliqué un poco como íbamos a funcionar y se le veía entusiasmadísimo. La verdad es que, para ser el primer día, no lo estaba haciendo nada mal; tenía potencial.

Tras dos horas, le mandé irse a casa y le comuniqué que durante las siguientes tres semanas nos veríamos en ese mismo lugar lunes, miércoles y viernes.

Cumplió su palabra y mi nuevo atleta y yo, comenzamos a conocernos el uno al otro entre series de 200, 500, 1000 metros, que cada vez eran más rápidas. Todo esto de cara a una competición, en la que Sergio debutaría dos semanas más tarde. Poco a poco íbamos cogiendo confianza y en uno de los entrenamientos me preguntó:

- ¿Por qué dejaste el atletismo?

Y aunque parecía una pregunta inofensiva, muy pocas veces me atrevía a contestarla, por lo doloroso que me resultaba recordarlo. Pero Sergio no era ni un reportero ni un padre cotilla, así que le respondí.

-Verás, en 2018, hasta entonces uno de los mejores años de mi carrera, me fracturé el cuádriceps. Como la recuperación de este músculo es muy lenta y yo soy muy impaciente, decidí volver a entrenar sin estar totalmente recuperado y en la siguiente competición, me volví a hacer daño. Así una vez tras otra, hasta que un médico me dijo que, o paraba, o no iba a poder volver a correr nunca más. Fue la decisión más difícil de mi vida, porque competir lo era todo para mí, pero la salud es lo primero, así que lo dejé. Después de eso, estuve un año sin saber qué rumbo debía tomar mi vida. A día de hoy, todavía lo echo muchísimo de menos, tanto que no he sido capaz de ver ninguna competición porque me trae demasiados recuerdos.

Al niño le conmocionó mucho la historia y me dijo que le daba miedo que le ocurriese lo mismo a él, pero le aseguré que no tenía que preocuparse por ello, que primero debía disfrutar del camino. Tras incontables horas de entreno, llegó el día de la competición. Sergio estaba muy nervioso, pero había mejorado mucho desde el primer día, sabía que iba a hacerlo bien.

El juez llamó a los atletas a la salida. Preparados, listos, “¡Pum!”.

Así daban comienzo los minutos para los que habíamos trabajado tanto. Después de un gran sprint final, mi pequeño amigo ganó la carrera y me di cuenta de qué por primera vez desde hacía mucho tiempo, estaba disfrutando del deporte de nuevo.

Aunque no volvería a competir y siempre lo añoraría, a partir de ese momento podría deleitarme con mi pasión a través de otros atletas.

Por tanto, gracias a Sergio y su determinación, salí del pozo en el que llevaba años metido y decidí ser entrenador, para que otras personas pudieran aprender gracias a mí lo bonito que es el deporte de élite de una forma sana.

Alba Masa Iglesias

IES Recesvinto (Venta de Baños)

4º ESO

Un día a día extraordinario

Me llamo Juan. Esta no es mi historia, pero para contarla tengo que empezar por mí. Trabajo en una fábrica que hace piezas para automóviles, vivo en un piso de noventa metros cuadrados, con dos habitaciones, salón, cocina y baño, estoy soltero, tengo treinta años y de momento no he encontrado a la persona ideal. Tengo las siguientes aficiones: la música, el cine, los deportes y salir con mis amigos, pero lo que verdaderamente me apasiona es el kárate. Aquí empieza la magnífica historia que quiero contaros.

He practicado kárate muchos años, competía cuando era joven y alguna vez conseguía medallas. Un día hace diez años, mi profesor me pidió que le ayudara a dar clases de kárate en el colegio. Él me decía: es fácil, son niños con ganas de pasarlo bien y aprender nuestro deporte, en el que es muy importante el respeto a los demás, el esfuerzo individual y colectivo, y la disciplina. Yo, como siempre estaba dispuesto a ayudar, le dije que sí.

El colegio tenía un polideportivo con veinte niños de entre seis y doce años. Estando dando clase de kárate, observé a una niña que estaba en el gimnasio mirando lo que hacíamos. Estaba en silla de ruedas y no perdía detalle de todo lo que hacíamos. Cuando acabó la clase me fui a hablar con ella.

Se llamaba Estrella, tenía doce años y esperaba a su hermano. Yo le pregunté:

- ¿Te gusta el kárate?, porque nos mirabas con mucho interés.
- ¡Sí!, me encanta veniros a ver.

Le pregunté si quería practicarlo y ella con una tremenda cara de ilusión me dijo que la encantaría. Menudo lio me había buscado. No tenía ni idea de entrenar a una niña discapacitada. Después de leer y buscar en internet, vi que existe el Para-kárate. Pedí permiso a mi entrenador para poder dedicarme a Estrella. Día a día fui actualizándome en los movimientos de Estrella y ella, que era como una esponja, cada vez se esforzaba más con todas sus ganas e ilusión.

A los tres años de conocernos y con mucho entrenamiento, le ofrecí apuntarnos a una competición. Imaginaros su respuesta:

- ¡Sí, sí, sí!



Estaba como loca y quería demostrar todo lo que había aprendido y, sobre todo, el esfuerzo que día tras día había hecho.

Llegó la competición y no salió muy bien. Estaba tan nerviosa que se confundió en algún movimiento, pero cuando acabó, la impresionante ovación de todo el pabellón le hizo llorar.

Fui corriendo a felicitarla y ella me dijo:

- El año que viene te prometo que esto lo ganamos, lo que he sentido hoy aquí, no creo que lo vuelva a sentir en mi vida. Gracias por hacerme cumplir un sueño.

No la pude contestar, solo la di un abrazo y rompí a llorar, mi felicidad es su felicidad, porque considero que cuando uno se entrega por los demás el éxito está garantizado. En realidad, el sueño también lo había cumplido. Me sentía orgulloso de haber podido ayudar a una persona extraordinaria.

Unos días después, debido a la repercusión que tuvo el esfuerzo de Estella, el ayuntamiento aprobó un proyecto para construir un pabellón cien por cien inclusivo que contaría con monitores especializados, acceso para silla de ruedas y todo lo necesario para que ningún niño se quede sin poder hacer su deporte, y que al igual que Estrella pueda cumplir sus sueños.

Solo queda un mes para la competición, pero pase lo que pase, nosotras ya hemos ganado, porque el esfuerzo de Estrella se ha visto recompensado por la sociedad con la construcción del nuevo pabellón, que se llamará “Mil Estrellas”.

Os preguntaréis cómo acabo la competición. Y qué más da, si el premio de Estrella era poder entrenar, disfrutar y sentirse como lo que es, una niña especial.

Pero si os puede la curiosidad, ¡cumplió su promesa! Y ahora nos vamos al campeonato de España de Para-Kárate.

¡Suerte campeona!

David Pinto Herrero

IES Recesvinto

3º ESO



Más que un simple bate

Recuerdo que iba vestido con una camisa blanca, un pantalón de traje negro y unos zapatos del mismo color que el pantalón. Me encontraba de pie, junto al banquillo de mi equipo, y allí estaba él, Sergio Rodríguez, mi hijo, a dos carreras de conseguir el primer Campeonato Nacional de béisbol juvenil.

El lanzador rival no dudó ni un instante y lanzó la bola con una velocidad y efecto increíble, haciendo que fuera directa a las manos del receptor. La segunda oportunidad tampoco la pudimos aprovechar, por lo que dependíamos del último strike para ganar. Pero vamos a remontarnos unos años atrás.

Mi nombre es Jaime y soy entrenador federado de Los Águilas, un equipo juvenil de béisbol. Tuve una infancia complicada, pero gracias a mi padre hoy puedo estar muy orgulloso de ser quien soy.

Cuando tenía cinco años, mi madre se tuvo que hacer cargo de mí tras el accidente de mi padre, de quien apenas tengo recuerdos. Nos mudamos a un bonito pueblo de la Montaña Palentina, Aguilar de Campoo, intentando rehacer nuestras vidas.

Una tarde de otoño, mientras ordenaba el desván, encontré una caja que ponía mi nombre. Me pareció extraño así que decidí abrirla sin consultarlo con mi madre. En el interior de la caja había un bate de béisbol tallado a mano y una foto de mi padre jugando a este deporte de joven. ¡No sabía que mi padre fue deportista profesional! Cogi el bate y unas pelotas y me puse a practicar en el patio.

Me tiraba horas y horas jugando, hasta llegados los dieciocho, cuando tuve que mudarme a Valladolid para ir a la universidad, dejando un poco de lado este deporte. Allí estudié un Grado en Ciencias de la Actividad Física y del Deporte. Además, conocí a tu abuela Lucía, la mujer de mi vida.

Tras unos cuantos años de relación, compramos una bonita casa y formamos una bonita familia tras el nacimiento de tu padre Sergio. Cuando cumplió doce años, le regalé el mismo bate que mi padre me regaló tiempo atrás ¡Toda una reliquia familiar! Aún recuerdo la pasión con la que entrenaba en su antiguo equipo de béisbol.

Por desgracia para él, Lucía y yo decidimos volver a mi pueblo para estar cerca de mi madre y para poder emprender nuestro nuevo negocio. Decidí fundar un equipo de béisbol para que él y muchos otros niños pudieran cumplir el mismo sueño que yo tenía a su edad. No competíamos en ninguna liga provincial ya que no había casi equipos, pero eso no le quitó las ganas a ninguno de mis jugadores y siguieron aprendiendo día a día.

A los meses de empezar, un ojeador me comentó que había estado fijándose en nosotros y nos ofreció la oportunidad de participar en el Campeonato Nacional Sub-17. ¡Todo un sueño para nosotros!

Tras meses de entrenamientos y victorias frente a los mejores equipos de toda España, llegamos a la ansiada final que se disputó en Madrid.

Como te dije antes, dependíamos del último bateador del equipo. El destino quiso que fuera tu padre. Tras dos strikes en los que no había conseguido batear y cuando parecía imposible remontar el partido, tu padre hizo el primer home run de su carrera, dándonos la victoria y convirtiéndose en el héroe de la final.

Ahora te toca a ti seguir con esta tradición, Diego. Tu padre creyó conveniente que yo te regale esta reliquia familiar y te abriera las puertas de este desconocido e interesante deporte. ¿Listo para ser el protagonista de esta nueva historia?

Ismael Terán Calderón

Colegio San Gregorio (Aguilar de Campoo)

4º ESO

Contra las cuerdas

Todo comenzó con lo de su madre y cuando el dinero le empezó a faltar.

Jamás me olvidaré de aquel caluroso día de julio, en el que se desató una impresionante lluvia torrencial sobre las tres de la madrugada. Daba la casualidad que yo estaba despierta y con insomnio por haber perdido la competición de natación del día anterior. De no haber sido así, no me hubiese despertado hasta el día siguiente por la mañana y, por supuesto, no me hubiese enterado de nada.

Supongo que él ya suponía que estaba dándole vueltas a cada una de las cosas que había hecho el día anterior para asegurarme de no volver a fallar y poder ganar las siguientes pruebas; porque seis minutos después de que el reloj de cuco que me regaló mi abuela por mi comunión sonase, el timbre de mi casa hizo lo mismo.

Desorientada por el hecho de que alguien llamase a mi puerta a esas horas, me puse mi bata de estar por casa y bajé corriendo las escaleras. Mientras descendía los peldaños, me fijé en cómo las gotas repicaban y ensuciaban el cristal de una de las ventanas. Lo cual, por cierto, me recordó que tenía que arreglar esa persiana de una vez por todas o al menos llamar a alguien para que lo hiciese por mí. Antes de abrir la puerta, me froté los ojos, intentando desperezarme, para en un instante encontrarme con Lucas.

Él me estaba mirando fijamente apoyado en el marco de la puerta, calado hasta los huesos y con su bolsa de boxeo en la mano, lo cual me desconcertó todavía más.

- Henar, he hecho una tontería enorme, fue lo primero que me dijo, antes de tener oportunidad de preguntar qué hacía allí, puesto que vivía en la otra punta de la ciudad.

A pesar de mis crecientes dudas, no le dije nada y le mandé pasar. Le sugerí dejar la bolsa que llevaba consigo en la entrada, Puse entonces la calefacción, pues tenía mis sospechas de que la conversación iba para largo. Fue entonces cuando me explicó todo lo que había pasado en los últimos tres meses mientras yo había estado ausente, dado que me había centrado completamente en los entrenamientos con mi equipo.

Yo había pasado toda la temporada haciendo rehabilitación después de haberme roto la tibia, y el poder volver a competir me había cegado



tanto que llegó un punto en el que para lo único que tenía ojos era para los entrenamientos diarios intensivos, que realizaba con el objetivo de poder participar en las próximas competiciones de natación.

Al concentrar toda mi atención e interés en estar listo para poder competir y ganar de nuevo, mi vida se redujo a desayunar, entrenar, comer, entrenar, cenar e irme a la cama a dormir, porque acababa extremadamente agotada y no tenía tiempo para nada más.

Mis amigos incluso bromearon con ello al inicio, diciendo que les tenía olvidados. Aunque no lo entendían ni lo compartían, decidieron darme espacio, ya que ellos consideraron que era lo más importante para mí ese momento.

Bueno, todos menos Lucas, que se había enfadado tanto que no nos habíamos vuelto a ver desde hacía dos meses o más, cuando todos fuimos al bar donde quedábamos los viernes desde que nos conocimos.

Les había contado que mi novio y yo habíamos roto, después de entrar en mi espiral de entrenamiento. Laura y Alejandra me dijeron que nunca les cayó bien y Carlos solo me abrazó mientras ponía cara de pena, tan sentimental como siempre. Lucas, en cambio, me echó en cara mi ruptura, diciendo que, si no tenía tiempo para mi novio, me hiciese a la idea de lo que les dedicaba a ellos.

En ese momento, todos le acusaron (yo incluida) de estar exagerando mientras me defendían, hasta que él finalmente se fue del bar sin decir ni una sola palabra. Ahora me doy cuenta de que tenía razón y de que él solo estaba proyectando su enfado sobre nosotros, especialmente sobre mí, cuando no tenía nada que ver con mi ruptura ni con el resto.

Resultó que, apenas unas horas antes de nuestra movida en el bar, justo después de haber salido del ring de boxeo donde se estaba preparando para una velada, le habían llamado desde el hospital, diciendo que su madre había ingresado hacía unos minutos con un dolor insoportable en la espalda y que se había desmayado en la sala de espera.

Al llegar a urgencias, las enfermeras le explicaron que necesitaban su autorización para hacerle las pruebas pertinentes para poder hacer un diagnóstico correcto: una resonancia, un TAC, unas radiografías...

vamos, lo de siempre, según los médicos. Le comentaron que seguramente hubiese sido una bajada de tensión o glucosa, así que le dijeron que no tenía por qué preocuparse.

Las pruebas médicas se fueron realizando a lo largo de unos cuantos días y los resultados probaron el mayor miedo de Lucas: su madre tenía cáncer.

Sin embargo, no todo parecía tan negro, pues la enfermedad se encontraba en su fase inicial y había sido detectada a tiempo, por lo que con unas sesiones de quimio y radioterapia era muy posible que su madre se recuperase. Pero la seguridad social iba muy lenta y no había tiempo que esperar, así que habría que realizar el tratamiento en una clínica privada, con todos los gastos y costes que esto supondría.

El primer mes todo iba bien, Lucas sacó de su cuenta de ahorros el dinero necesario y el cáncer parecía remitir. Pero lo malo vino cuando la cuenta de ahorros de mi amigo se agotó y el banco no le concedió el préstamo que necesitaba, ya que no tenía un trabajo estable como deportista amateur que era.

La desesperación de Lucas llegó a tal extremo que cuando entró a la mañana siguiente al gimnasio y un compañero le ofreció un trabajo para sacarse un dinerillo extra, este lo aceptó sin dudarlo. Se encontró entonces en una pelea, la noche del viernes, en un ring clandestino, donde se agolpaba muchísima más gente de la que él se hubiese imaginado. Aquel tumulto de personas era una mezcla entre gente que parecía haber salido de la cárcel y otra que parecía que en cualquier momento iba a entrar.

Su compañero le había dicho que, si quería ganar lo suficiente como para cubrir los gastos, debía perder la pelea. Se encontraba entonces en un dilema: por una parte estaban sus principios y por otra sus necesidades. Y por mucho que en un futuro no tan lejano le fuese a pesar en su conciencia, su madre era lo primero.

Ya con el dinero en el bolsillo, sus problemas lejos de solucionarse, fueron en aumento ya que desde que aceptó la propuesta de participar en la pelea ilegal, salir de ese mundillo no eran fácil como él pensaba. Así que poco a poco se fue metiendo en una espiral difícil de escapar.

Y ahora estaba en mi casa, tiritando de frío, envuelto en un par de mantas, mientras me pedía ayuda desesperadamente.

- Vete a la policía. Si les explicas tu situación te entenderán, fueron mis primeras palabras.

- ¿Y qué hago con mi madre, Henar? No sé qué hacer, yo solo quería que ella mejorarse y me he cargado todo por lo que he luchado toda mi vida por no pensar mejor las cosas.

Tras una larga conversación, Lucas y yo decidimos hablar finalmente con la policía, quedando todo en un mal trago. Él no estaba contento con todo lo que había ocurrido y además tenía que buscar otra forma de pagar el tratamiento de su madre. Estaba desesperado, así que traté de tranquilizarlo en la medida de lo posible.

Le comenté que en las mismas instalaciones donde estaba mi club de natación, había visto un cartel en el que ponía que necesitaban un segundo entrenador para los niños que estaban aprendiendo a boxear, ya que cada vez se apuntaba más y más gente.

Lucas siempre me había dicho que la enseñanza no era lo suyo, pero como se suele decir, a situaciones desesperadas, medidas desesperadas. Le acompañé el siguiente viernes sobre las seis de la tarde al recinto de boxeo, donde le presenté a Mónica, la actual entrenadora y una de mis amigas.

Cuando me fui, Lucas y Mónica empezaron a hablar y ella le explicó en qué iba a consistir su trabajo. Debió de salir todo bien, dado que al lunes siguiente cuando iba yo a mi entrenamiento de natación, encontré a Lucas cargando con una bolsa de boxeo. Tras saludarme, me explicó que había aceptado el trabajo con Mónica y que poco después de firmar el contrato aquel mismo día, le llamaron del banco diciendo que le concedían el préstamo con el que cubriría todos sus gastos.

A partir de entonces, se me hizo reconfortante a la par que raro ver todos los días a Lucas entrar a la par que yo en el polideportivo. Se le veía mucho más feliz de lo que creí que estaría nunca trabajando como profesor, cuando la ilusión de su vida siempre había sido ser campeón de España de boxeo.

Supe entonces que había encontrado en la enseñanza de su deporte favorito su verdadera pasión y vocación, porque siempre que me lo

encontraba tenía un logro que había conseguido con alguno de sus alumnos.

Un par de meses después, cuando nos cruzamos a la salida del trabajo, Lucas me habló de cómo la enfermedad de su madre había remitido casi por completo tras las sesiones de quimio y radioterapia.

Y, a pesar de que sabía que debían ser cautos porque una recaída era posible, sus ojos solo mostraban alegría, alivio y esperanza.

Pensé entonces para mí misma que, el que la vida no vaya tal y como queremos y tenemos planeado no es algo tan malo, ¿no? A fin de cuentas, la vida no es un camino en línea recta hacia la felicidad, sino que hay baches en el camino, como pude comprobar con mi amigo Lucas esta temporada.

María Tremiño Franco

Colegio Blanca de Castilla (Palencia)
4º ESO

Mi referente

Era un día normal, el sol se asomaba por mi ventana haciendo que mis ojos se entrecerrasen con facilidad. Mi padre me despertaba lentamente mientras susurraba que el desayuno estaba listo.

Yo, con ganas, me levantaba de la cama y me preparaba para ir al colegio. Solo pensaba en el camino de ida, que solía ser fresco pero reconfortante; me encantaba salir de casa y admirar todo lo que me rodeaba, siempre me ha pasado lo mismo, admiraba tanto mi entorno que incluso me llegaba a emocionar.

Me habían denominado “sensible” toda mi vida. Será que mis ojos se admiraban constantemente sin razón alguna al ver un atardecer o al recordar aquella especie de pájaro que mi padre mencionó mientras subíamos al Cristo por primera vez. Mi padre era mi referente, solíamos hacer centenares de planes juntos, desde recorrer la Montaña Palentina hasta simplemente contar los toques que dábamos con la cabeza a un viejo y desinflado balón. Fuese el plan que fuese, siempre me mantenía en movimiento, y eso me hacía feliz.

Cuando llegaba al colegio, solo pensaba en que se acercase la tarde para verle venir al patio con un bocata en la mano, y jugar un partido con él y mis amigos, en el que siempre ganábamos gracias a las tácticas y estrategias que me enseñaba cada día. A pesar de que era un adulto y yo una simple niña de ocho años apenas, me daba cuenta de cómo le brillaban los ojos al verme tocar una pelota.

Era un niño en el cuerpo de un adulto, y aunque pretendiese aparentar que estaba en buen estado, yo, que era una niña muy observadora, pronto me di cuenta de que no era así.

Mi rutina se repetía a lo largo de las semanas, que se convertían en meses y que a su vez se transformaban en años. Yo cada vez era más mayor y quería aumentar mi rendimiento en cuanto al deporte. Los paseos se convirtieron en carreras solidarias organizadas por la Diputación de Palencia; los toques de cabeza se convirtieron en largos entrenamientos de fútbol.

Todo cambió, excepto mi padre.

Aunque ya no tuviese tanto tiempo para jugar un simple partido con él,



me venía a ver a cada uno de mis entrenamientos y le seguían brillando los ojos igual que siempre. Un día, mientras me llevaba a casa después del entrenamiento me dijo entre risas.

- Hija, mañana no voy a poder ir a verte.
- ¿Por qué papi?
- Tengo una cena de trabajo con mis compañeros.

Nunca había faltado, pero no le di importancia a eso, sino al silencio que se formó en el coche dejando que la música de fondo se volviese la protagonista en ese momento. Me preocupó por la simple razón de que mi padre no callaba nunca, ya fuese haciendo cualquier onomatopeya que se le cruzase en la mente o el sonido de una trompeta con la boca.

Al llegar a casa, me duché con agua fría y cené un vaso de leche caliente. Cuando estaba a punto de quedarme dormida, escuché unos murmullos procedentes de la cocina. Eran mis padres hablando, no sabía por qué, pero tenía un mal presentimiento. En seguida me dije “estás exagerando las cosas, duérmete y verás que mañana está todo igual que siempre”.

Al día siguiente, el sol se asomaba y mi padre me despertaba lentamente susurrando que me preparase el desayuno yo, ya que él tenía prisa en irse. Según él, la cena era fuera de Palencia y que por eso se iba tan pronto.

Sin embargo, yo no le cuestioné y me despedí con un beso en la frente, le pregunté:

- ¿Papi, mañana jugamos un partido de los nuestros?
- Claro hija.
- No vengas muy tarde de la cena ¡cuídate!

Se hicieron unos segundos de silencio y me respondió con un “te quiero”. Mi mente sentía que estaba malinterpretando todo, pero mi corazón se rompió un pedacito al escuchar ese “te quiero”.

No fue mi mejor día en el instituto y desde luego que el entrenamiento fue desastroso. Al llegar a casa, mi madre me esperaba con una expresión en la cara miserable. Antes de que dijese nada, una lágrima recorrió mi cara hasta llegar a la barbilla, donde se acumulaban todas las demás.

- Tu padre estaba muy mal de la espalda hija, lleva yendo al hospital durante casi un año, y hoy...
- No sigas mamá.



Hoy es un día normal desde que mi padre falleció, el sol no se asoma por mi ventana, son los nubarrones los que lo impiden; suena una molesta melodía en mi teléfono sustituyendo su leve y reconfortante susurro; y me levanto de la cama sin ganas. Salgo a la calle y hago el mismo recorrido de siempre para ir al instituto. No miro a mi alrededor, voy cabizbaja. Todo es diferente,

En el recreo me siento en un bordillo con mis amigas y su voz es secundaria mientras que mis pensamientos son los que predominan. Mientras estoy en mi mundo para no recordar la realidad que me rodea, un balón llega a mis pies y de repente, todos mis pensamientos se desvanecen.

Habían pasado años desde que un balón no rozaba si quiera mis pies. Ese simple gesto, hizo que recordase a mi padre y lo mucho que nos gustaba compartir una pasión, el deporte, Y desde ese mismo instante, decidí retomararlo, practicarlo y centrarme en ello completamente.

Y así fue, tras muchos partidos de victorias y derrotas, fui ascendiendo cada vez más hasta llegar a cumplir sueños que jamás habría esperado cumplir.

Porque así es, el deporte logra reconstruir, sanar, liberar, y sobre todo unir.

Todo esto lo hice por ti papá, porque también teníamos sueños que cumplir, pero lo hiciste todo porque yo jamás me preocupase por ti a pesar de tu salud. Por cómo te brillaban los ojos al verme hacer deporte, y por ese partido que nos quedó pendiente aquel día en el que te fuiste.

Te quiero papá.

Ángela Vélez González

Colegio San Gregorio (Aguilar de Campoo)

4º ESO

CATEGORÍA DOCENTES



El poder de Alya

¿Alguna vez te has preguntado qué poder elegirías tener si pudieras? Vale, vale, ya sé lo que estás pensando. Eso solo ocurre en las películas de ficción y en los cuentos de hadas.

Pero, espera, no seas tan escéptico, dame una oportunidad. Te contaré la historia de Alya, una niña que consiguió que se cumpliera el sueño de muchas personas. ¿No es acaso ese un gran superpoder?

Alya nació en una pequeña ciudad, de pocos habitantes, pero de paisajes únicos. Una ciudad con Historia, bañada de cultura románica, que creció, a lo largo, entre las vías del tren y el Río Carrión. En esta ciudad también vivía su abuela, Milana, la persona con la que se crio. La abuela Milana era ya mayor, pero era toda una fuente de energía, un ejemplo de fuerza, una persona serena y muy divertida. Alya y ella estaban muy unidas. Conversaban, a menudo, de todos los temas que te puedas imaginar. Fue en una de esas conversaciones, donde Alya consiguió desarrollar sus superpoderes.

- ¿Has visto, abuela, lo que echan a todas horas en la televisión? Parece un concurso o algo así. A veces aparece una persona corriendo a toda velocidad hasta llegar a una línea pintada en el suelo. ¿O viste ese grupo de chicos que fueron corriendo a abrazarse cuando acertaron a encajar entre tres grandes palos una pelota? Es curioso, algunos se alegran y otros no tanto, como si alguien perdiese y otros ganasen. Por eso me parece un concurso. ¡Es superdivertido! ¿Sabes de lo que te hablo? -Se dirigió a su abuela, quien llevaba un rato observándola, emocionada, una vez más, por la inocencia de su nieta. A ver cómo le explico esto, pensaba.

- Son los Juegos Olímpicos, Alya. Es normal que no los conozcas. En nuestro país se prohibieron. Y en nuestra ciudad ya ni siquiera se permite jugar a muchos de los deportes. Por lo menos, hace pocos años volvieron a permitir que se televisaran. Algunos de los deportes a los que te refieres son atletismo, fútbol, ..., y habrás visto muchos más. Porque en total se juegan hasta 32 tipos de deportes distintos.

- ¿Fútbol? ¿Atletismo? ¿Qué palabras son esas, abuela? Yo pensaba que el deporte era solo correr, saltar y hacer estiramientos aburridos.

- ¡Los deportes son mucho más que eso, Alya! En los deportes se aprende a trabajar en equipo, te conviertes en una persona disciplinada, capaz de posponer la recompensa hacia el futuro. Son una fuente de entretenimiento, de salud, de bienestar. Puedes hacer ejercicio mientras

disfrutas con tus compañeros. Aprendes a sonreír cuando pierdes, y a dar la mano cuando ganas.

- ¿Pero, entonces, por qué están prohibidos en nuestro país? ¿Por qué ni siquiera se juegan en nuestra ciudad, abuela? - Preguntaba Alya atónita.

- Hace muchos años sí que se permitía practicar todos los deportes que te puedas imaginar: con pelota, sin pelota, en equipo, en individual, acuáticos, de fuerza, de aventura... Todos. Yo practiqué muchos de ellos, me encantaba el deporte, ¿nunca te has preguntado por qué tu abuela a sus 88 años está tan fuerte y guapa? - Bromeó guiñándole un ojo a su nieta. - Pero pasó algo. Varias personas no cumplieron algunos de los valores que caracterizan al deporte. Y por eso se prohibió. Pero tengo una buena noticia.

- ¿De verdad? ¿Cuál, abuela? - Preguntaba Alya entusiasmada.

- Un año después de que se prohibieran los Juegos Olímpicos en nuestro país y la práctica del deporte en nuestra ciudad, muchos niños y niñas se rebelaron. Fue, entonces, cuando “el jefe de los deportes” propuso lo siguiente: ¡Quien sea capaz de reunir a las personas que pusieron en duda el valor del deporte, y haga que rectifiquen en público, será aquel que consiga que los Juegos Olímpicos se vuelvan a celebrar en nuestro país!

- ¿De verdad solo eso? ¿Unas disculpas en público? ¿Y nadie lo ha conseguido hasta hoy?

- No, cariño, nadie lo ha conseguido. Lo bueno es que se cree que no se han movido de la zona en la que vivían años atrás.

- ¡Pero entonces yo puedo hacerlo, abuela! ¡Yo puedo encontrarles y solucionaré este problema!

- No tengo ninguna duda de ello. Llevo tiempo esperando a que crezcas lo suficiente para oír estas palabras de tu boca. Pero, ven, necesitarás una cosa.

La abuela Milana se dirigió hacia a su cuarto, y lo que parecía el asiento de la butaca que se encontraba a los pies de la cama, resultó ser una tapa que aguardaba grandes secretos. Después de revolver un poco entre todos los trastos, apareció lo que buscaba. Se trataba de un amuleto. Una especie de piedra de color negro. Aparentemente de color negro. Milana le empezó a explicar a su nieta que con esta piedra podría conseguir lo que se propusiera, ya que era una piedra mágica.

-Esta piedra te concederá, cinco veces cada mucho tiempo, el deseo que elijas. Pero ¡jojo! No funcionará si dices el deseo sin más.

Necesitarás formar una rima, y tendrá que estar presente, al menos, la persona con la que se relaciona ese deseo. ¿Estás preparada?

Alya no sabía si estaba o no preparada. Pero, al día siguiente, cogió todos sus bártulos e inició su marcha. Entre todas las cosas que llevaba se encontraba un mapa de la ciudad, donde aparecían tres lugares clave: las zonas donde vivían aquellas personas que se habían cargado los Juegos Olímpicos.

Después de mucho caminar, Alya llegó, por fin, a unas casitas que se construyeron cerca de una villa romana. En una de esas casas, se escondía uno de los hombres que hizo desaparecer los deportes.

- Fuera de aquí, niña. No vas a conseguir ahora lo que no se ha conseguido durante años. ¡Ese partido lo tenía que haber ganado mi equipo, yo siempre tuve razón! -Se dirigió el señor a Alya, muy enfadado.

Alya suspiró, sacó su amuleto del bolsillo y muy concentrada, deseó lo siguiente:

*¿Podría este señor entender,
que no es mejor vencer, ni peor perder,
que cuando queremos un deporte practicar
lo más importante es saber disfrutar?*

La piedra se volvió, de repente, de un color verde esmeralda, y la cara del paisano cambió. Alya, sin decir nada, siguió su camino.

La siguiente parada estaba cerca de una cueva, la única cueva visitable en la ciudad. Allí trabajaba una mujer.

- Yo no quiero que vuelvan los deportes. Así no hay lugar para la discriminación. Yo me sentí discriminada una y mil veces. -Contaba la mujer, muy decepcionada.

- Confía en mí. -Se limitó a contestar Alya, sacando la piedra de nuevo.

*Por esta mujer pido un deseo:
que el deporte sea homogéneo,
que haya lugar para todos
y que nadie se sienta menos.*

La mujer miraba fijamente cómo la piedra cambiaba de color, y cuando quiso mirar a Alya, ya se estaba yendo a su siguiente parada.

Después de mucho caminar, Alya se encontraba en lo que en la ciudad llamaban la bella desconocida. No se trataba ahora de un señor, ni de una señora. O, bueno, tras el paso de los años quizá sí. Pero dentro de ellos seguían estando aquellos niños. Se trataba de un hermano y una hermana, eran mellizos.

- Lo hacíamos todo juntos. Cada cosa. Pero mi momento favorito era ir a entrenar con él, compartir este deporte juntos. Pero a mi hermano se le rompió la rodilla, y nunca más quiso volver a jugar. Se rindió, y yo me rendí con él. Y, bueno, ahora hacemos otras cosas... - Decía la hermana, tratando de convencerse a sí misma.

Alya volvía a tener claro el deseo que tenía que pedir. Esos hermanos habían roto el valor de la resiliencia, de la constancia, de la superación. Menos mal que tengo el amuleto. Pensó. Y justo después:

*Ellos quizás no lo sabían,
pero las cosas en el deporte se complican,
quiero pedir para todo el mundo
que aunque parezca imposible por un segundo
el decir “voy a seguir” sea así, rotundo.*

- ¿Qué ha sido eso? - Salió, extrañado, el hermano.

-No sabría explicártelo con palabras. Ha sido algo... mágico.

Pasó tan solo un día. A la mañana siguiente, se encontraba gran parte de la ciudad reunida en la Calle Mayor. Los vecinos rumoreaban: ¡VAN A HACERLO! Gritaban algunos. Y sí, así fue. Se juntaron aquellas personas, pero también otras más, que habían entendido, por fin, a respetar muchos de los valores del deporte. Algunos contaron su mala experiencia, otros reconocían sus errores, otros solamente escuchaban y comprendían a los demás.

- Lo has conseguido, cariño, lo has conseguido. - Le decía la abuela a Alya, orgullosa, muy orgullosa.

Pero se guardó su secreto... Porque sí, dejemos los superpoderes para los cuentos de hadas y las películas de ficción. La piedra solo cambia de color. Desde luego que no cumple deseos. Dejemos todo el mérito a Alya, que con sus sinceras palabras consiguió entrar en las emociones de esos deportistas, que años después, volvieron a disfrutar de su pasión.

Sabela Alonso Olivares
C.E.I.P Padre Claret (Palencia).

De cómo llegó el ajedrez a Palencia

Yo, el rey Alfonso, hijo de Fernando I y a quien me dirán el sexto, me refugio en esta acogedora ciudad de Sahagún, en redondo año de 1100. Aquí me hallo casi entornando los ojos y me siento cercano a la eterna portadora de sombra.

Plegue el cielo que no sea esta mi hora y espero poder ver como mi niño, se hace hombre y que será mi heredero, hijo que tuve con la mora Zaida, al que puse por nombre Sancho Alfonsez, aunque el pueblo llano le llamaba Sanchuelo. Y si bien es cierto que ya tengo una moza e inteligente hija, de nombre Urraca, el reino deberá ser para un varón como así lo dictan las ancestrales y rigurosas leyes de herencia consanguínea. En este mi refugio leonés alabo las cualidades y riquezas de esta ciudad que es sede de monasterio que posee mucha tierra y caseríos, además de pueblos y otros predios, cual es el monasterio de San Facundo y San Primitivo.

Teniendo por mujer a Constanza de Borgoña y aunque la villa contaba con cenobio franciscano, esta francesa trajo a unos nuevos monjes de origen francés, los benedictinos y con ellos también llegó a estas nuestras tierras una nueva manera de construir iglesias al modo que llaman romano que luego se dijera románico. Aunque ya este arte de construir se había introducido anteriormente, pronto se derramaría por todas las tierras peninsulares cristianas de los reinos de la verdadera fe que es enemiga feraz de las creencias de moros.

Muerto nuestro padre el rey Fernando, muy temprano hube de vivir enconadas disputas y guerras que mantuve con mi hermano Sancho, pues mi padre le había legado en heredad el condado de Castilla y al cual nuestro progenitor había elevado a la categoría de reino, para no desmerecer en la herencia de los otros hermanos, cuál era el reino de León para mí y el de Galicia para el otro nuestro hermano García. También mi padre, dejó en heredad a mis dos hermanas dos grandes y ricas ciudades: Zamora a nuestra hermana Urraca y Toro a Elvira.

Desde el inicio de nuestros reinados, mi hermano nunca se conformó con la heredad que se le asignó, pues el recién nacido reino de Castilla le parecía escaso de tierras y menguado de monasterios, villas y caseríos,

por lo que la rivalidad de Sancho contra mi persona despertó muchas discusiones, pues no hubo acomodo para dejar reinar cada uno en su parte, y pronto estallaron las rencillas, que más adelante habían de trocarse en cruentas batallas.

Estas luchas con mi hermano, que nunca parecían tener fin, me hicieron sufrir dos grandes derrotas en tierras que aluego serán llamadas palentinas. Primero en la batalla de Llantada, en el año del Señor de 1068, en los alrededores de la ciudad de la llamada villa de Osorno, y luego en otra que se denominó batalla de Golpejera en 1072, cercana a la noble villa de Carrión de los Condes. Ambas victorias para él, y derrotas para mí, provocó que se adueñara definitivamente de mi reino leonés.

Derrotado, desterrado y encerrado en la ciudad de Sahagún a la que tantos lazos me unían, fui luego tonsurado, y para mí se había elegido un lugar en el mundo religioso pues debía de emprender el camino de los latines. Pero nada más lejos, pues mi inquietud y ambición había de llevarme a otros lugares donde buscar mi fortuna.

Por esa razón acabé por exiliarme en la bella Toledo, ciudad la cual el río serpea y se derrama en ella. Con ese reino toledano el nuestro de León mantenía excelentes relaciones.

Era Toledo ciudad de mucho pensamiento y ciencia. Aunque antes fue la perla del califato, pues al descomponerse este llamado de Córdoba, surgieron muchos reinos taifas, y uno de ellos era el de Toledo, que ocuparía buena parte del centro de la península. Era este, como muchos otros pequeños reinos moros, subsidiario de los reyes de León y Aragón, a los cuales debían pagar para su supervivencia unos impuestos anuales que llamábamos parias.

Las parias de Toledo las entregaba anualmente y en persona el rey moro Al-Mamún, que tenía por ello y por otras razones, excelentes relaciones con el rey leonés. Prueba de ello es que me ofreció a su hija Zaida.

Y aunque la ciudad me acogió, a mí y a mis huestes con inmejorable beneficio, más adelante me tocaría el triste papel de conquistarla por mi ejército en 1085, pasando definitivamente a ser cristiana, papel que ya nunca más perdería, pese a las continuas amenazas y ataques de la morisma para recuperar una de sus perlas más preciada.

Pero allí ocurrió que, durante el exilio que anteriormente comentaba, conocí y me dejé llevar por el arte del sin duda el rey de los juegos, al que los moros llamaban axedrez.

Cuando en él mi iniciaron, ese arte me absorbió por completo, y miraba las piezas con cierto arrobo pues ejercían sobre mí un poder casi hipnótico. Este maravilloso juego se desarrolla sobre un tablero, a veces taraceado, con sesenta y cuatro casillas. Es algo raro, pues todas ellas son blancas y quizás en un futuro se colorean en dos colores para mejor ver las piezas y poder seguir el juego.

En ese campo se enfrentan dos ejércitos, con similares fuerzas de combate que tratan de ganar tan incruenta batalla.

Los trebejos se ordenaban, cual imitación de las diferentes partes de un ejército, en la madera que les servía de soporte y casa, pues cada pieza estaba aposentada sobre una de las casillas, pareciendo los peones más valientes pues se concertaban en la segunda fila de cada bando, siendo la primera ocupada por las principales figuras que remedaban las diferentes ocupaciones y papel de cada parte del ejército en el campo de batalla.

Los soldados también llamados peones, son las piezas de choque inicial en la lid, avanzan despacio, y nunca retroceden pues su valentía y arrojo se lo impiden. Van caminando lentamente, pretos, ayudados unos de otros, y abren paso y apoyan al resto de piezas que serán luego las decisivas en el frontal choque con el enemigo.

Los caballos son atrevidos y osados baluartes del ejército, pues saltan por encima de las demás piezas realizando un movimiento no lineal, como si de una letra “L” romana se tratara. Sus golpes al enemigo son desconcertantes pues casi no se les adivina llegar y de igual modo desaparecen y se guardan entre los suyos cuando han perpetrado sus golpes y capturado armas y piezas del ejército rival.

Los alfiles o elefantes, avanzan en diagonal, aunque por su elevado peso no pueden atacar casillas de lejos y pueden ser dueños de las que hasta dos casillas de distancia se hallan. Pero su movimiento puede ir adelante y hacia atrás. Parece que este movimiento es muy limitado y seguro que posteriormente se les irá dando mayor alcance.

Las torres, que aluego en el mundo bárbaro llamaran roques por su robustez semejante a rocas indestructibles, remedan a torres de asalto, que acosan los lienzos de las murallas y sirven para cercar las ciudades y acometer contra ellas, pues van llenas de soldados, que pretenden debilitar las defensas y poner las bases de la conquista y derrumbe del ejército rival. Se mueven en línea recta, a saber, vertical y horizontal por todo el tablero.

El alferza, visir o consejero real, es el que si sitúa al lado del rey. Es su guardaespaldas y firme soldado en bravura y empuje, que dará su vida, si fuera menester, por salvar la de su amo y señor. Esta alferza avanza solamente en algunas de las casillas muy cercanas a él. Y es dueño y señor de las que en diagonal se hallan por delante y por detrás de la que ocupa.

Y por fin la figura más importante, el rey. Es el señor del tablero, aunque su movimiento en él resulte muy limitado. Puede avanzar a todas las casillas contiguas que le rodean, es decir a ocho escaques. El rey es el protagonista del juego. Hacia él se dirigen todos los ataques del ejército contrario, y sobre él se deben de cerrar todas las piezas para así protegerle, pues si le captura el enemigo finaliza la partida. A cada amenaza del contrario sobre su real figura debe ser avisada con la palabra “jaque” que viene a significar una llamada de atención al rey, que nombran “shah” en persa. Mas cuando el rey, fruto de la presión y acertada disposición ofensiva de las piezas contrarias ya no tiene escapatoria, se utiliza la formula jaque mate, proveniente del persa “shah mat”, y el rey queda atrapado por el bando contrario, y dando así por finiquitado el lance.

Este juego parece proveniente de la India donde se ideó, luego pasó a los persas que dan nombre, como antes mencionamos, a la figura de shah, y de éstos a los moros, que, en su expansión y ambición territorial, se adueñaron del reino persa. Con su entrada en nuestra península a comienzos del S VIII, también trajeron con ellos este mágico juego. Dicen que a los hijos de los nobles moros les forman y enseñan tan inteligente lance, en el que nada queda al azar. Pero también lo juega gente del pueblo al salir del culto de la mezquita, en las tabernas del té, o en los amplios zocos, centro del comercio y de trasiego de mercancías.

En el tiempo que estuve en Toledo, aprendí con cierta celeridad el juego, y a poco pude combatir en el tablero contra jugadores más esforzados y entrenados, y alcanzando en la lid en muchas ocasiones la victoria, lo que me llevó a perseverar en conocer los misterios del axedrez, alcanzando ciertas cotas de manejo y pericia en el lance, pues aprendí y practiqué formas y maneras de salir y poner en el campo mis piezas. También me hice hábil en lograr concertar mis trebejos en ataques el contrario, logrando en ocasiones capturar y obtener algunas piezas o peones de ventaja, y en otras, acorralar al rey enemigo, y en ocasiones hube de usar de trampas, para hacer caer al contrario en celadas de las que obtenía mucho provecho. De este modo todo ello me facilitaba acorralar y encerrar al rey contrario, de tal forma que quedaba capturado en lo que llamamos jaque mate.

De forma casi habitual y cuando ambos ejércitos se habían enzarzado en enconada y sangrienta lucha porque casi todas las piezas habían desaparecido del tablero, solamente quedaban los reyes con algunos de sus fieles y esforzados peones que de modo certero habían de avanzar para acorralar al rey rival.

Tal fue el arrojo y mi osadía en el tablero, que no tenía miedo en enfrentarme contra nadie, y en numerosas ocasiones salía victorioso, pero mi atrevimiento tuvo su pago más delante cuando viví la famosa derrota en ese noble juego del ajedrez frente al visir de Córdoba, Ibn Ammar. El desenlace de esta partida habríame obligado, como rey cristiano, a retirar mis tropas del cerco de la ciudad de la famosa mezquita.

Luego, cuando marché de vuelta temporalmente a Sahagún en 1100 y al pasar por la amurallada ciudad de Palencia, pude enseñar el juego del ajedrez al obispo Raimundo I que lo alabó y ensalzó como juego de inteligencia y de primer orden, pero como hombre de letras y saberes latineó el nombre para denominarle “scacis ludere” es decir juego de casillas. De esta palabra latina derivará el otro nombre por el que se conocerá, es decir: juego de escaques.

Rápidamente se extendió entre las clases nobles, los infanzones, los caballeros que lo enseñaron a sus hijos. Estas enseñanzas debían de sortear las rígidas normas morales, ya que éstas eran muy belicosas con los juegos, pues estaban éstos tenidos como engendros del diablo para

apartar del recto camino de la virtud, pues emponzoña el alma con su afán de ambición y de revancha, además de dejarse llevar por las pasiones humanas que resultan pecaminosas a los ojos de Dios.

De este modo yo Alfonso, llamado el Bravo por mi valentía y arrojo en el campo de batalla, hice cabida al ajedrez en la muy noble ciudad castellana de Palencia.

Mario Díez Cuadrillero
CEIP Villa y Tierra de Saldaña

- ¡Corre Tula, corre!

No había cosa que más le gustara a Marianín que salir a correr por los barbechos con su perdiguero cuando terminaban las clases en la escuela unitaria de su pueblo.

Una fragancia a tierra húmeda movida impregnaba el ambiente. Las aguas de otoño habían ayudado a que los agricultores convirtiesen los rastros en tabones, cambiando el paisaje como cambia un artista indeciso su lienzo.

De regreso, pasaba por la cuadra antes de entrar en casa para sacudir las botas embarradas y quitarle los molestos cadillos a Tula. Era la rutina diaria.

Don Mateo conocía de la pericia de su alumno y le preparó una emboscada...

- Este fin de semana se va a celebrar el Campeonato Provincial de Campo a Través, aquí, en nuestro pueblo. -dejó caer Don Mateo entre ejercicio y ejercicio de Matemáticas.

- ¿Y eso qué es, Don Mateo? -preguntó Lucía.

- El campo a través es una disciplina atlética, -comenzó a explicar con pasión Don Mateo -que consiste en correr en circuitos naturales, es decir, sobre hierba, tierra e incluso barro, evitando las zonas asfaltadas. También nos podemos encontrar con obstáculos como troncos, badenes o tener que sortear arroyos. Es una disciplina que se practica en otoño e invierno, por lo que la épica está asegurada.

Según iba explicando Don Mateo, observaba como a Marianín se le iban poniendo los ojos como platos y su cuerpo iba adquiriendo una postura cual suricata vigilando su hura. Había conseguido su objetivo.

- ¡Puaj, menuda birria! -soltó Fernandito- Eso tiene que ser muy cansado, sucio y además... ¿Qué ganamos con ir?

- De momento... -intervino Don Mateo -librar todos los días una hora de clase para entrenar, relacionarnos con otros niños y niñas además de mejorar nuestra salud.

Como es lógico, con tal de perder una hora de clase todos se apuntaron a la carrera. La implicación en los entrenamientos fue otra cosa. No todos mostraron el mismo empeño ni capacidad de sufrimiento.

Enseguida se dieron cuenta de que esto de correr tenía que tener un componente genético, pues a Marianín y a sus hermanos parecía no cansarles.

Algunos padres y madres no veían con buenos ojos que sus hijos perdiesen clase para entrenar o que sudasen o se manchasen o les fuera a dar algo... Fruto de alguna mala experiencia previa o miedo a hacer el ridículo, pues lo de correr no era algo tan habitual.

En cambio, otros progenitores lo veían como una oportunidad. Una oportunidad de adquirir valores: compañerismo, esfuerzo, capacidad de sufrimiento, saber perder o incluso saber ganar. Disfrutar con algo tan sencillo y natural como correr... Estos padres estuvieron preparando toda la semana pancartas para animar el día de la prueba.

El padre de Marianín siempre los animó a él y a sus hermanos para que hicieran deporte. Él había sido un adelantado a su época compitiendo en carreras a nivel regional.

El día de la prueba había amanecido con una importante helada. Marianín y sus compañeros de la escuela pasaron por el acueducto de San Pelayo. Correteaban de puntillas por la era del Tío Nicolás, como si tuvieran miedo de romper la fina escarcha que la noche había depositado sobre el circuito.

Los autocares comenzaron a llegar. Al abrir sus puertas la era se llenó de cientos de chiguitos y chiguitas. Como si se tratase de una horda de pequeños guerreros que avanzaban en el campo de batalla.

Don Mateo llamó la atención de sus pupilos y les ayudó a ponerse los dorsales. Les felicitó por el simple hecho de estar allí y les mostró su orgullo por ello. Aprovechó para darles los últimos consejos:

- No va a ser fácil y vamos a sufrir. Intentad ir a un ritmo cómodo, en un buen grupo y... atacad en los últimos metros. ¡Venga... a la salida! Todos se encaminaban hacia las órdenes del juez cuando Don Mateo se dirigió a Marianín.

- Espera, Marianín. Confía en tus posibilidades, no pierdas la cabeza de carrera y si te encuentras bien... ataca en la última vuelta.

Don Mateo no lo había manifestado, pero estaba más nervioso que sus propios alumnos. Se dio cuenta de que le temblaban las piernas. No

acertaba donde colocarse para ver mejor la carrera. La boca se le había quedado seca y notaba ese pitido en el oído izquierdo que siempre aparecía en los momentos más tensos. Lo que más temía es que le pasara algo a alguno de sus alumnos cuando había sido él quien les había metido en este jaleo.

El silencio se hizo en la era.

Un disparo seco precedió a un intenso olor a pólvora. A partir de ese momento un ruidoso retumbar de cientos de piernecillas sobre la hierba helada eran alentadas por el público; acompañados por el frenético movimiento de las pancartas a su paso. Hacían de la carrera un espectáculo sobrecogedor.

- Pero... ¿qué hace Marianín? ¿Dónde va? ¡Qué lo va a pagar! - se decía Don Mateo, con las manos sobre la cabeza, cuando vio como su alumno hacía oídos sordos de los consejos dados dos minutos antes y ponía pies en polvorosa por delante de todos los contrincantes.

Al mismo tiempo, por la cabeza de Marianín, se proyectaban aquellas tardes en las que acompañado por Tula disfrutaban metiendo los pies en el fango, haciendo pasar apuros a las perdices. Desde hacía dos días no sabía nada de su perra. La echó de menos al volver del colegio y nadie en casa tenía noticias de ella. No dejaba de atormentarle la idea de que se hubiera caído al Canal de Castilla o que atravesando la carretera a Palencia la hubiera atropellado un vehículo o que se hubiera envenenado con ese veneno que estaban poniendo en los alrededores del pueblo por la plaga de topillos.

Tan ensimismado estaba en sus pensamientos que en los primeros metros ya sacaba una buena ventaja a sus perseguidores. Las vueltas iban pasando y la ventaja no paraba de crecer, lo mismo que su angustia por haber perdido a su compañera de fatigas, a su compañera del alma, aquella que le llenaba de regocijo cuando volvía de la escuela. Ya nada tenía sentido para él. No estaba preparado para perderla.

El grito de una voz conocida le sacó del trance.

- Marianín, mira, Tula ha aparecido -le decía su madre sujetando a la perra al borde del circuito.

Marianín notó como se le hinchaba el pecho y le desaparecía la losa que pesaba sobre su espalda las últimas 48 horas.

La carrera estaba a punto de terminar. Pudo doblar a varios compañeros, pero aminoró la marcha para no hacerlo. Sabía que tenía ventaja de sobra para ganar. Quería ganar, pero no humillar.

Al llegar a meta no paró. Fue corriendo a abrazar a su perra, quien le correspondió con una ráfaga de lametazos en la cara. Notó que había perdido peso y que tenía las mamas hinchadas. Miró a su madre.

- Sí, Marianín, Tula ha sido madre, por eso había desaparecido. Como quién exhibe un trofeo, orgulloso, Marianín fue con su perra a felicitar al resto de participantes, mostrando un gran respeto por su esfuerzo.

En la ceremonia de premiación destacaron los valores que había mostrado durante la prueba. Él dedicó su trofeo a su clase y a Don Mateo, que estaban en primera fila aplaudiéndole, como si se tratara de un héroe mitológico.

El trofeo se lo había entregado un señor llamado Gerardo, miembro de la Delegación de Atletismo de Palencia, quien al entregárselo le dijo: “Has corrido como un león”.

Así es como surgió la leyenda del León de Becerril, la leyenda de Mariano Haro. El resto de la historia... ya la conocemos.

Juan Jesús Sanz Ramos

CEIP Padre Honorato del Val (Monzón de Campos)

Presidente:

Don Eduardo Tejido Andrés, Diputado de Deportes de la Diputación de Palencia.

Vocales:

Don Pedro Díez Montes, Maestro y Licenciado en Historia del Arte. Autor de una edición crítica de “La Venganza de Don Mendo”, “Ajedrez educativo, fácil y divertido”, el ensayo histórico “1959”, y recientemente “Guía del Templo de la Virgen de la Calle de Palencia, antes Iglesia del Colegio Jesuita de San Lorenzo”.

Doña Elisa González Merino, Licenciada en Historia del Arte y Diplomada en Magisterio. Actualmente ejerce de maestra de Educación Física y es también Jefa de Estudios.

Don Álvaro Muñoz Caminero, Licenciado en Periodismo por la Universidad de Valladolid. Redactor de secciones deportivas y otras, en distintos medios de Vocento y premiado en 2023 en los prestigiosos Premios Cossío. Gran conocedor del deporte palentino. Actualmente ejerce el periodismo en Valladolid.

Doña Rocío Pérez Medrano, Licenciada en Filología Inglesa y profesora de Literatura, Lengua Española y Lengua Inglesa. Obtuvo varios premios en distintos certámenes infantiles de literatura.

Vocales (categoría de “Docentes”):

Don Alberto Calleja Torés, periodista que trabaja desde 1.992 en Radio Palencia de la Cadena SER. Gran conocedor y amante del deporte palentino y autor de libros como “La libertad por un gol”, “Mariano Haro, el pionero” o “En Palencia, historia del baloncesto”.

Don Álvaro Muñoz Caminero

Secretario:

Don Enrique Hermoso Navascués, Coordinador de Deportes, Ocio y Tiempo Libre de la Diputación de Palencia.